SS selecciones

SERVICIO SECRETO

LO PAGO CON SANGRE

keith luger



KEITH LUGER

LO PAGO CON SANGRE

Col. SELECCIONES S. S. n.º 65
Publicación semanal
Aparece los LUNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 22737 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - DICIEMBRE 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 5400/63

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
831. — Llegaron los pájaros.

En Colección SERVICIO SECRETO:
693. — «Twist» para el asesino.

En Colección BUFALO:
507. — La hora de la muerte.

En Colección CALIFORNIA:
371. — En la arena ardiente.

En Colección TEXAS:
397. — El resonar del trueno.

En Colección COLORADO:
312. — Una receta con plomo.

En Colección KANSAS:
262. — Ardiente.

En Colección BRAVO OESTE:
149. — Colmena de forajidos.

En Colección ASES DEL OESTE:
211. — «Mil caras».

En Colección PUNTO ROJO:
84. — Anoche vi un espectro.



CAPÍTULO PRIMERO

El policía levantó la sábana.

—Échele una ojeada, Don —dijo.

Don Benet sacudió la cabeza y observó el cuerpo sin vida que había sobre la mesa de mármol. La cara del muerto estaba deshecha y su frente casi había desaparecido.

—¿Es él? —preguntó el policía.

Don Benet tragó saliva.

—Sí, es Bryce Martin.

—Parece estar muy seguro, teniente, teniendo en cuenta lo que queda de él.

—Estoy seguro.

—¿Por qué?

Don Benet sintió náuseas y se volvió de espaldas a la mesa.

—¡Maldita sea! —rezongó conteniendo el nudo que se le hacía

en la garganta—. Bryce y yo hemos estado ocho años juntos.

El teniente Keller, que se había detenido junto a una ventana, hizo una señal al policía que sostenía la sabana y este la dejó caer otra vez sobre el cadáver.

—Vamos fuera —dijo Keller.

Salieron al aire libre. El cielo era de un color azul profundo. Se encontraban en una especie de patio a cuya derecha habían estacionadas dos ambulancias. Al fondo había un portón.

Se detuvieron en la escalera. Abajo estaba el coche de la policía en que habían hecho el viaje.

Keller sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a Don, pero este negó con la cabeza. Keller guardó el paquete sin invitar a su subordinado. Encendió un fósforo y, después de lanzar una bocanada de humo, dijo:

—Puede irse a casa; Don, si es que puede andar, aunque también podemos perder un poco de nuestro tiempo llevándole allá.

Don Benet no pareció oírlo. Levantó la mirada depositándola en el rostro de Keller.

—¿Qué es lo que piensan ustedes?

—¿Respecto a qué?

—¿A qué va a ser? A la muerte de Bryce.

—Puramente accidental. Sólo lo trajimos aquí para identificarlo.

Don fue a decir algo, pero luego de vacilar un instante cerró la boca.

—Son cosas que pasan —dijo Keller.

Gibson, el otro policía, soltó una risita.

—Su amigo tenía mucha prisa, Don. Por eso se estrelló con el coche. ¿Adónde iba?

Don Benet observó a Gibson.

—No lo sé.

—Ocurrió cerca de Ozona, y parecía que se dirigía a Tarpon Springs.

—No sé a quién iría a ver a Tarpon Springs.

—¿Una mujer quizá?

—¡Ya le he dicho que no lo sé!

—No se ponga así.

—No me pongo de ninguna forma.

—Usted y Bryce eran socios en ese negocio que tienen en la

carretera.

—Sí, éramos socios. ¿Qué quiere decir con eso?

Gibson rio otra vez.

—¿Qué ocurrirá ahora, Don? Ya sabe, me refiero a la parte de Bryce en el negocio.

—Será todo mío. ¿Qué pasa con eso?

—Nada, no pasa nada, pero me dijeron que ese negocio prospera.

—No nos podíamos quejar últimamente.

—Y ahora todo será tuyo, ¿verdad, Don?

—Es lo que le he dicho, sabueso.

Gibson apretó el puño derecho y fue a dispararlo contra la cara de Don; pero Keller se interpuso entre ambos.

—Ya está bien, Gibson —dijo.

Don tenía las orejas enrojecidas.

—Dígale a su polizonte que tenga más cuidado cuando haga preguntas.

—El muchacho solo ha expresado sus pensamientos, Don.

—Tiene demasiada ponzoña.

—Sólo cumple un servicio.

—Dijeron antes que lo de Bryce fue accidente. ¿Por qué preguntan entonces?

—Pura rutina.

Don Benet se mantuvo un rato observando los ojos del teniente. Luego hizo un gesto afirmativo y empezó a bajar la escalera.

—¿No quiere que lo llevemos a su flamante negocio? —preguntó Gibson.

Don Benet se revolvió.

—Lleve a su abuelo, polizonte.

Gibson se abalanzó sobre el joven, pero Keller lo atrapó a tiempo por una muñeca. Benet giró sobre sus talones y echó a andar.

Poco después caminaba por la carretera hacia Indian Rocks. A su derecha tenía el mar. Los pinos crecían a un lado y a otro de la pista. El sol estaba a punto de ocultarse.

Dos coches pasaron zumbando por la carretera, uno muy cerca del otro en dirección a Clearwater.

Don Benet soltó una imprecación por lo bajo. Nunca le había

sido simpático aquel Gibson, aunque suponía que él tampoco lo era al policía.

Todo había ocurrido unos seis meses antes cuando coincidieron en el baile anual del Montepío de la Policía. A Gibson y a él les había gustado la misma mujer, una pelirroja llena de curvas. Ella lo había preferido a él, Don, y Gibson no se lo había perdonado.

Otro coche pasó por su izquierda y de pronto frenó bruscamente.

Levantó la mirada y vio a Jeff Lamb al volante, vuelta la cabeza hacia él.

—Hola, Don.

—¿Qué tal, Jeff? —dijo acercándose.

El coche de Jeff era un modelo «Ford» del año treinta y nueve. Jeff lo cuidaba como si fuese un niño.

—¿Vas hacia casa? —preguntó el viejo.

—Sí.

—Anda, sube. Te llevaré.

Don Benet abrió la portezuela delantera y se sentó junto a Jeff Lamb. Este puso en marcha el vehículo.

—Me han contado lo de Bryce —dijo Jeff.

Don no hizo ningún comentario.

—Lo siento, Don —dijo otra vez el viejo—. De veras que lo siento.

—Lo sé, Jeff. Gracias.

—Bryce era un buen chico.

—Desde luego, lo era.

Corrieron dos millas sin decir nada.

—Supongo que la policía te habrá molestado.

—Sí, me pidieron que lo Identificase.

—Has debido pasar un mal trago.

Don emitió un gruñido de afirmación.

—Son tipos que no me gustan —murmuró Jeff.

Don sacó el paquete de cigarrillos. No le ofreció a Jeff porque sabía que solo fumaba tabaco negro. Se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió.

—¿Cómo van tus esponjas, Jeff? —preguntó después de lanzar dos chorros de humo por la nariz.

—Hemos tenido muy mal tiempo este mes, pero ahora dicen que el golfo estará tranquilo durante unos días, Frank y yo

compensaremos el tiempo perdido.

—Lo celebraré.

—Por cierto que Bryce vino un par de veces por allí últimamente.

—¿A tu cabaña?

—No, lo vi bañándose en la bahía.

—¿Solo?

—Sí, solo. También me pareció extraño a mí.

—¿Un par de veces dices?

—Sí. Entre las dos hubo la diferencia de unos días, no sé cuántos…

—¿Cuándo fue la última vez?

—Vamos a ver… Hoy es martes… Sí, fue el sábado último. Le vi cuando me dirigía a mí barca. Lo recuerdo porque quería reparar unas cuantas cosas y las había aplazado durante mucho tiempo. No tengo duda. Fue exactamente el sábado.

—¿Hablaste con él?

—No, Bryce también me vio a mí y nos saludamos con la mano. Él estaba en el agua. Fue por la mañana, alrededor de las once. Luego al cabo de unas tres horas regresé a la cabaña, pero Bryce ya no estaba allí.

—¿Se estaba bañando en el mismo sitio la primera vez que lo viste?

—Sí, en el mismo lugar. Tampoco hablamos.

Don Benet se sumió en profundas cavilaciones. Se dio cuenta de que habían llegado cuando Jeff le anunció:

—Ya estás en casa, Don.

El joven dirigió una mirada al negocio del que ahora a la muerte de Bryce Martin, era único propietario. Observó las grandes letras que habían sobre la puerta: «Oasis». El nombre se le había ocurrido a Bryce.

En el lugar de estacionamiento había dos camiones y tres coches. Saltó a tierra y se volvió hacia el viejo pescador de esponjas.

—Gracias por el paseo, Jeff.

—No hay de qué, Don.

Jeff saludó con la mano y poco después el coche seguía hacia Ozona.

Don metióse las manos en los bolsillos y caminó con el cigarrillo

entre los labios.

Entró en el bar. Joe, su empleado estaba sirviendo a un grupo integrado por Ralph Farley, Erle Hunter y Tom Keate. Eran camioneros que transportaban pescado de Tampa a las poblaciones del norte del Estado. Siempre hacían un alto allí en su camino de regreso.

Un tipo delgado cubierto con un sombrero de paja masticaba chicle apoyándose en la gramola. Por el altavoz se desparramaban las notas de la trompeta de Eddie Calvert.

Don observó al hombre. No lo había visto nunca antes, pero no le concedió mayor importancia y se agachó por el hueco del mostrador para pasar adentro.

—Hola, Joe —dijo.

—¿Cómo le fue, patrón? —preguntó Joe.

Los tres camioneros miraron a Don mientras este cruzaba por el mostrador.

—Caramba, mirad quién está aquí, el millonario —dijo Ralph Farley.

Don no detuvo su marcha. Fue a su dormitorio y se quitó la chaqueta sustituyéndola por otra blanca.

Salió fuera y se detuvo ante el mostrador observando a la pareja que se dejaba caer por allí todos los días a la misma hora. Eran dos muchachos que hablaban de sus cosas, cogidas las manos por encima de la mesa. Sólo bebían «Coca-Cola». Una cada uno.

Le molestó que Ralph Farley y los otros dos camioneros no se hubiesen marchado. Seguían bebiendo cerveza.

—Eh, Don —dijo Ralph Farley —necesito dinero, ahora podrás hacerme un préstamo.

Don lo miró sin replicar. Farley volvió a la carga.

—Infiernos, eres un tipo de suerte, ¿sabéis, muchachos? Cualquier día de estos me buscaré un socio que me deje heredero si se muere.

Los dos compañeros de Farley soltaron fuertes risotadas.

Don sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes.

—No repitas eso, Farley —dijo con voz ronca.

Farley empezó a quedarse serio.

—¿Qué te pasa, Don?

—Sólo quiero que me dejes en paz.

—Está bien, muchacho. Te dejaremos en paz, pero supongo que nos invitarás. ¿No es la cosa para celebrarlo?

Don echó a andar y pasó por debajo del mostrador. Dirigióse hacia el lugar en donde se encontraba Ralph Farley. Este se había apartado con los puños cerrados.

—¿Quieres pelea, Don? —dijo sonriendo jactanciosamente.

Don amagó con el puño izquierdo y el que soltó fue el derecho.

Sobrevino un estallido cuando sus nudillos percutieron en el mentón de Farley. Este salió lanzado hacía atrás, tropezó con una mesa en su camino y se vino abajo.

Empezó a mover la cabeza en el suelo.

El tipo del sombrero de paja miró en aquella dirección, pero no se apartó de la gramola. Golpeaba con el pie en el suelo llevando el ritmo que Eddie Calvert le marcaba con la trompeta.

Los dos muchachos se cogieron más fuerte, las manos sobresaltados.

Don Benet era muy alto, su talla llegaba al uno ochenta y cinco. Había cumplido los veintinueve años y era moreno, de fuerte complexión, de facciones duras en el que destacaban unos ojos de mirada brillante.

Farley se puso en pie tocándose el maxilar inferior.

—Fue un buen golpe, muchacho —rio enseñando los dientes—. Pero no hay ninguno que me engañe dos veces.

Don volvió la cabeza y dijo:

—Joe.

Joe arrojó algo y Don lo cazó al aire. Era un tubo de plomo de regulares dimensiones.

Los ojos de Farley observaron el arma.

—¿Es tu modo de pelear, Don?

—Te dije que me dejases en paz. Lárgate.

Farley rio otra vez.

—Habrá otra oportunidad —dijo—. Estoy seguro de que habrá otra—. Hizo una señal a sus compañeros y los tres emprendieron la marcha hacia la puerta.

—¿Pagaron, Joe? —preguntó Don.

Los tres camioneros se detuvieron volviendo la cabeza.

Joe contestó desde el mostrador:

—Sí, patrón.

Farley y sus amigos salieron definitivamente. Entonces Don pasó otra vez tras el mostrador y dejó el tubo de plomo sobre la pileta.

Caminó hacia la caja registradora y la abrió, observando la recaudación.

—No ha habido mucho jaleo —dijo Joe.

Don cerró la caja sin hacer ningún comentario.

El disco de Eddie Calvert acabó y el tipo del sombrero de paja introdujo otra moneda en la ranura.

Don se fue al dormitorio y se tendió en el lecho tal como estaba.

Empezó a pensar que tendría que soportar muchas bromas como la de Gibson o la de Farley. De la noche a la mañana se encontraba dueño de un negocio que marchaba bien. ¿Y si lo vendía? Sacaría por todo ello de quince a veinte mil dólares. ¿Y después? Bueno, no tendría problemas, podría ir a la costa de California y adquirir otro establecimiento similar. Le cambiaría el nombre. Se llamaría Oasis igual que este. No estaría mal eso, nada mal.

Recordó que guardaba un mapa de California entre las hojas de un libro.

La pequeña librería estaba allí, cerca de la ventana. Encontró pronto el mapa y volvió a tenderse en la cama. Lo abrió y estuvo observando la costa del Pacífico. Elegiría la parte comprendida entre Los Ángeles y San Diego. Por aquella ruta habría mucho movimiento. Y hasta es posible que de vez en cuando saludase a los astros de Hollywood. Sí; sería mucho más divertido que Indian Rocks.

No sabía siquiera el dinero que tenía en el Banco. Se levantó y consultó su talonario. Dos mil cuatrocientos treinta y cinco dólares. Naturalmente estaba también la cuenta corriente de Bryce. Al día siguiente consultaría con el Banco.

Miró por la ventana el mar, que se deshacía en olas de espuma sobre la playa a unas cincuenta yardas.

Oyó los pasos inconfundibles de Joe y se volvió al tiempo de verlo llegar al umbral. Cambiaron una mirada y Joe dijo:

—Pensé que le gustaría echarle un vistazo, patrón.

—¿A quién?

—A la chica rubia que hay fuera.

—¿Lola?

Joe se apoyó en la jamba de la puerta con aspecto cansado.

Don pensó que Joe siempre parecía cansado. Bryce y él lo habían tomado dos años antes cuando llegó allí buscando trabajo. Nunca le preguntaron de dónde venía. Parecía un tipo honrado y los hechos posteriores demostraron que estaban en lo cierto. Era una persona en la que se podía confiar.

—No es Lola, patrón.

—¿Quién?

—No lo sé, nunca la vi antes.

Luego, Joe se marchó.

Don se quedó un rato inmóvil y finalmente echó a andar, saliendo afuera.

CAPÍTULO II

Ella estaba sentada en un taburete, ante el mostrador y de esa forma solo podía ver su busto y su cara. Era prodigiosamente bella. Su cabello era rubio, como había anunciado Joe, un rubio del color del champaña, y su frente era ovalada, los ojos muy claros y grandes, los labios rojos, carnosos, y la punta de la nariz respingada. Se cubría con una blusa roja de gran escote que dejaba sus brazos, del color del caramelo, al descubierto. Fumaba un cigarrillo. Delante de ella, en el mostrador, había un vaso con un dedo de whisky.

Don le concedió veinticinco o veintiséis años. No podía ver lo demás, las caderas y las piernas, y pensó que sería una lástima que el resto no estuviera en consonancia con lo que mostraba.

Ella sintió que era observada, y volvió los ojos hacia él. Sus miradas se encontraron.

Don caminó hacia la pileta y empezó a secar un vaso. El tipo del sombrero de paja no se cansaba de oír música. Se apoyaba en la gramola y parecía ausente de todo lo que le rodeaba.

Los muchachos de la mesa se habían enfadado y él estaba dando explicaciones a ella.

La rubia bebió de un trago el whisky que le quedaba en el vaso y dijo:

—¿Quiere ponerme otro?

Joe miró a Don. Este dejó el vaso que tenía entre las manos y cogió la botella de whisky acercándose al lugar donde estaba la rubia.

Escanció una ración en el vaso sin mirar a la joven.

De pronto ella preguntó:

—¿Tiene habitaciones?

Don la miró a los ojos.

—Sí.

—¿Dónde?
—En el lado derecho.
—Tomaré una.
—Muy bien. Cuando usted diga.
—Ahora.
Don dejó la botella sobre el anaquel. Salió fuera y entonces la vio con las piernas cruzadas. Nunca pudo imaginar que pudieran existir piernas tan perfectas. El ruedo de la falda le llegaba por las rodillas. No llevaba medias.
Ella saltó del taburete. Era muy alta, pero estaba condenadamente bien proporcionada. Además de la blusa roja había una falda gris que entablaba sus caderas. Sus zapatos eran rojos, de tacones muy altos. Cogió un bolso también rojo de la hendidura del mostrador y miró a Don arqueando una ceja.
Don pasó frente a ella y abrió una puerta que había al fondo invitando a la joven a que le precediese.
Percibió el aroma que dejaba tras sí y le gustó.
Ella se detuvo esperando, y él le señaló el ala del edificio que estaba dividido en departamentos.
—El cinco, el tres y el ocho están libres —anunció.
—Me quedaré con el cinco, parece más resguardado. Soy muy friolera, ¿sabe?
El la observó unos instantes y luego dijo:
—Son tres dólares diarios.
—Muy bien.
Abrió el bolso y sacó tres billetes de a dólar.
Don los cogió y al hacerlo tocó los dedos femeninos. Eran tibios y de piel muy suave.
—¿He de rellenar alguna hoja? —preguntó.
—Si quiere, puede dejarlo para mañana cuando se marche.
—Gracias. Mi nombre es Ivette Rock.
—Le daré la llave.
Don se encaminó al departamento número uno. Era el que utilizaba Bryce para dormir.
Bryce se había reservado el trabajo de atender los departamentos. Eso le gustaba porque le permitía hablar con unos y con otros y especialmente porque siempre cabía la suerte de que se dejase caer por allí alguna joven deseosa de correr una aventura.

Sacó la llave del bolsillo y la metió en la cerradura haciéndola girar.

Sonó un crujido y la puerta quedó abierta.

Se metió dentro y apenas dio unos pasos se detuvo. Todo el departamento estaba en desorden. Era como si hubiese pasado un ciclón. Reconoció la valija de Bryce. Estaba volcada en el suelo y el fondo parecía haber sido desgarrado con un cuchillo. Los sillones de cuero mostraban al aire sus tripas. Las sábanas y el colchón de la cama estaban en el suelo. En el colchón aparecía una gran rajadura y la lana se esparcía por todas partes.

Don terminó el examen y acercóse al tablero que había en la pared, donde colgaban las llaves de los departamentos que alquilaban. Cogió la correspondiente al número cinco y salió de allí.

La rubia estaba mirando al mar. Al oír los pasos de Don se volvió.

—Es muy bonito todo esto.

—Sí, no está mal —aceptó él mientras le alargaba la llave.

—Tengo que ir por mí valija —dijo.

—Iré yo.

—No es necesario; gracias.

—Está bien. ¿Va a comer algo?

—Ahora no tengo apetito. Si acaso más tarde.

Don sacudió la cabeza. Dio media vuelta y se introdujo en el establecimiento.

El tipo del sombrero de paja estaba dentro de la cabina telefónica haciendo una llamada.

Los chicos de la mesa habían vuelto a hacer las paces y se apretaban otra vez las manos mirándose fijamente.

Joe estaba silbando una canción mientras lavaba unos platos. Levantó la mirada y preguntó:

—¿He de cocinar algo para ella?

—No.

Don pasó directamente a su departamento sin detenerse en el mostrador.

—Ven aquí, Joe —dijo desde la puerta.

Joe se secó las manos y se puso en movimiento.

—¿Qué pasa, patrón? —preguntó cuando llegó al umbral.

Don se había detenido junto a la ventana.

—¿Quién vino mientras yo estuve con la policía?

—Vino Tom Keatte.

—¿A qué?

—Quería hablar con usted.

—¿No dijo para qué?

—No.

—¿Se quedó mucho tiempo?

—Se fue enseguida.

—¿Quién más vino?

—Los dos muchachos de siempre, Farley y sus dos amigos y ese fulano que han llamado por teléfono.

—¿Quién es?

—No lo dijo.

—¿Ha hecho algún gasto aparte de introducir monedas en la gramola?

Bebió un martini.

—¿Estuvo todo el rato aquí?

—Sí, creo que sí.

—No se trata de que lo creas. Has de estar seguro, Joe.

Joe se frotó el mentón.

—Llegó aquí como cosa de media hora antes que usted y no ha vuelto a salir. Ahora estoy seguro.

Hubo un silencio.

Don hizo una mueca y Joe lo observó.

—¿Ocurre algo, patrón?

—Nada de importancia. Puedes irte.

Joe desapareció.

Al quedar a solas, Don se puso a pasear. Todo aquello era muy extraño, Bryce moría en un accidente y poco después su departamento era registrado.

Salió por la puerta trasera y se introdujo de nuevo en la habitación de Bryce. Permaneció inmóvil un rato observando por segunda vez el desorden.

Caminó hacia una mesa-escritorio que había cerca de la ventana. Los cajones estaban en el suelo. Sobre la mesa había montones de facturas. El Intruso parecía tener mucha prisa.

Vio el talonario de Bryce y lo cogió. Empezó a mirar las matrices y se dio cuenta de algo Importante. En las dos últimas semanas,

Bryce había sacado de su cuenta particular mil trescientos dólares.

Guardó el talonario en el bolsillo y durante la hora siguiente se entretuvo en ponerlo todo en orden. El mismo cosió el colchón después de introducir la lana. Dejó lo mejor posible el sillón de cuero. Finalmente observó su obra desde la puerta. El sillón era lo único que desentonaba. Decidió sacarlo de noche cuando Joe estuviese durmiendo. Cerró con llave y volvió a su habitación, encontrándose con que Tommy Keatte lo estaba esperando.

—Hola, Don.

Tendría unos cuarenta y cinco años y era de estatura regular, muy ancho de hombros.

—¿Cómo va eso, Tommy?

—De primera.

—Joe me dijo que estuviste aquí.

Keatte se apretó el caballete de la nariz.

—Sí, vine para hablar contigo.

—Muy bien, te escucho.

Tommy carraspeó suavemente.

—Voy a volver al mar, Don.

—Me alegraría.

—Es lo único que me ha gustado.

—Todo el mundo sabe que tú has sido uno de los mejores pescadores de esponjas del golfo.

—Gracias, Don.

Don sacó un cigarrillo y alargó el paquete a su visitante, quien aceptó. Encendieron y luego Keatte soltó una risita.

—Para todo se necesita dinero, desgraciadamente.

Don arrugó el entrecejo.

—Sí —convino—. El dinero es muy importante.

—Creo que con tres mil quinientos dólares me arreglaré.

A Don no le gustó el giro que tomaba el diálogo.

Otras veces había hablado de lo mismo con Keatte, pero nunca había llegado a la cuestión, del dinero como ahora. Todo el mundo, desde Tarpon Springs a Tampa, sabía quién era Tommy Keatte, un pescador de esponjas que estaba a la ruina.

Cinco años atrás, la mujer lo había abandonado y Tommy no se sobrepuso al golpe. Se puso a beber y a beber. Siempre estaba borracho como una cuba. Quedó inútil para el oficio. Llegó a vender

su barca para proporcionarse whisky. Luego hizo cosas feas. Solicitó préstamos para comprar una nueva barca, pero los resultados fueron siempre catastróficos. Tommy Keatte no dejó el whisky. Hizo perder el dinero a todos los que confiaron en él, y ahora su crédito estaba a cero.

Don siempre lo había animado, pero al parecer sus palabras tampoco sirvieron de nada.

—Quiero que me los dés tú, Don —dijo Tommy de pronto.

En repetidas ocasiones, Don le había dado dinero a Keatte, siempre cantidades pequeñas, que Tommy le prometía devolver, pero Don sabía muy bien que no lo haría. Había sido un amigo leal y por ello pensó que Keatte no lo elegiría nunca como víctima.

—Me temo que eso no será posible, Tommy.

—Ahora eres dueño de todo el negocio.

Otra vez salía eso.

—Me voy a marchar de aquí, Tommy.

—Lo suponía y por eso me he dado prisa.

—¿Qué es eso de que lo suponías?

—Uno hace siempre lo que más le conviene.

—Sí, tienes razón. Y a mí me conviene largarme de aquí.

—Pero antes me darás los tres mil quinientos.

—¿Dar?

—Sí, dar. Nada de prestar.

La voz de Tommy Keatte era seca, rotunda.

—Creí que estabas sereno, Tommy —murmuró Don.

—Y lo estoy. Muy sereno.

—Entonces da media vuelta y márchate.

—No me iré sin los tres mil quinientos dólares.

—Entonces estás loco.

—No, muchacho. No estoy loco. Todo lo contrario. El hecho de que esté aquí significa que conservo la cabeza sobre los hombros.

—Quiero estar solo, Tommy, y palabra que no me gustaría emplear la violencia contigo.

—¿Para qué quieres estar solo, Don? ¿Quizá para hacer un cálculo de lo que has ganado matando a tu socio?

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Don.

Apretó los labios y luego dijo:

—Te salva que seas solo un pobre borracho, Tommy.

—Pamplinas. Deja ya de representar.

Don apretó los puños. Echó a andar hacia Tom y este dijo rápidamente:

—Iré a la policía, Don.

Don se detuvo.

—¿A la policía?

—Sí. Les contaré todo lo que pasó aquí anoche.

—¿Qué pasó?

Tom se echó a reír.

—Te inquieta, ¿eh?

—¿Qué es lo que pasó?

—Lo sé todo, Don. Desde el principio al fin.

—¿Qué es lo que sabes?

—Vine aquí a pedirte un par de dólares, como siempre. Me acerqué por la parte de atrás. Eran más o menos las once de la noche y de pronto oí voces. Pensé retirarme porque nunca me ha gustado escuchar lo que no me importa, pero la conversación era tan interesante que me quedé.

—Continúa.

—Te interesa, ¿eh?

—¡Continúa!

—Está bien. Tú y Bryce discutíais.

—Hemos discutido muchas veces.

—Pero apuesto a que no ha sido en la forma de anoche.

—De acuerdo. Estaba recriminando a Bryce porque últimamente no se tomaba interés por el negocio. En las últimas tres semanas apenas permaneció una hora aquí.

—Sí, y él te dijo que estaba harto de ti y que por no verte se marchaba. Quería perderte de vista, eso es lo que dijo.

—No sé lo que le pasaba, Tommy, tenía los nervios rotos…

—Yo creo que fueron tus nervios los que se rompieron. Le pegaste a Bryce.

—Sí, le pegué. Lo quería como a un hermano. Imaginé que le estaba ocurriendo algo, pero no me había contado nada. Le rogué que me lo dijese y él me contestó que yo no era su padre. Luego de haberle pegado me arrepentí.

—Mentira. Bryce fue a su departamento, pero antes de entrar se volvió y yo oí lo que te decía.

—¿Qué dijo?
—Lo gritó muy fuerte: «Te mataré, Don».
—No le concedí importancia, son cosas que se dicen. Bryce estaba muy acalorado.
—Eso fue lo que te dio la idea.
—¿Qué idea?
—La de matarlo tú a él. Es posible que él lo dijese por decirlo, pero tú lo tomaste en serio y decidiste coger la delantera.
Don se pasó una mano por la frente apretándose las sienes. En aquella actitud, los ojos cerrados, dijo:
—Eso es una canallada, Tommy.
—Si voy a la policía con la historia, ellos no creerán lo mismo.
—La policía ha investigado ya. Fue un accidente.
—Les puedo decir otras cosas además de lo que pasó aquí anoche.
Tommy se pasó la mano por la cara.
—¿Qué les vas a decir?
—Les contaré que tú eres muy aficionado a la mecánica, especialmente a los motores de coche.
—Sí, eso es cierto.
—Para ti, será fácil averiar un motor.
—Supongamos que sí.
—El «Buick» de Bryce quedó convertido en hojalata. Se despistó por la bajada de los Sauces y cayó por el acantilado a quince metros de altura. El coche no ha quedado en condiciones para que un técnico dictamine si el motor se averió previamente.
—Termina de una vez.
—Creo que mis naipes están boca arriba.
—Sí, tu juego está claro.
—Me alegro de que te dés cuenta. Siempre hemos sido amigos.
—No desde ahora.
—Bien, me importa un rábano. Sólo quiero mis tres mil quinientos dólares.
—No hay nada, Tommy.
Keatte enarcó las cejas.
—No sabes lo que dices, Don.
—Sé lo que digo.
—Iré a la policía.

—Eso ya lo dijiste antes.

—Les contaré todo. ¿Comprendes? ¡Todo!

—¡Fuera!

Tommy hizo chasquear la lengua.

—¡Infiernos, Don! ¿no es justo que yo también tenga mi parte?

—¡Maldito seas…! ¡Lárgate ahora mismo de aquí o te juro que…!

Tommy saltó hacia la puerta al ver que Don se disponía a abalanzarse sobre él.

—Está bien, Don —dijo con la mano en el tirador—. Tú lo has querido.

Abrió violentamente y salió fuera, cerrando de un portazo.

Don inspiró profundamente.

Hubiese deseado estar muy lejos de allí. Ahora ya no pensó preferentemente en la costa de California. Cualquier lugar hubiese sido bueno. Las cosas se iban a complicar mucho si Keatte cumplía su palabra de ir a la policía. Ahora acababa de conocer al verdadero Keatte. Era un tipo resentido, un fulano que no quería a nadie. Sólo había aparentado ser su amigo para sacarle unos cuantos dólares cada vez que iba al Oasis, pero ahora Tommy le acababa de mostrar su verdadera cara.

Y lo peor de todo era que con la historia de su disputa de la noche anterior con Bryce, su afición a los motores y la relación comercial que Bryce y él habían tenido, existirían motivos suficientes para que la policía pensase tal como pensaba Keatte.

Se cambió de chaqueta y salió al establecimiento.

El tipo del sombrero de paja ya no estaba, pero continuaban los muchachos de la mesa. Él había acercado su silla a la de ella y pasaba el brazo por los hombros de la joven.

Joe abría una botella de cerveza a un viajero que se sentaba en un taburete.

—Me voy a la ciudad, Joe. Regresaré dentro de una hora.

—Sí, patrón.

Don anduvo hacia la puerta y poco después en su «Ford» se alejaba del Oasis camino de Tampa.

CAPÍTULO III

Nancy Dolí entró en el despacho de Charles Reckas, director de El Globo, de Tampa.

—Hay trabajo para ti, muchacha —dijo Reckas.

—¿Dónde?

—En Osborne, ciento ochenta y dos.

—¿De qué se trata?

—Atropellaron a un tipo, el coche se dio a la fuga.

—¿Muerto?

—Sí.

—¿Cuál es su nombre?

—Tommy Keatte.

Nancy emitió un suspiro.

—¿Sabe que me ha hecho polvo? Son las nueve, jefe.

—Sé que son las nueve.

—Eso me destroza la noche.

Charles Reckas enseñó los dientes.

—Lo supongo, pero no fue a mí a quien se le ocurrió admitirla en El Globo, señorita Dolí.

—No, desde luego que no.

—Date prisa.

Nancy acababa de cumplir veintiséis años, y era morena, alta, de cuerpo lleno de curvas y rostro sensitivo de ojos almendrados y pómulos ligeramente salientes. Hacía tres semanas que había llegado a Tampa. No tuvo problema para que la admitiesen en la redacción de El Globo. Traía una buena recomendación de un distinguido político del Estado. Había simpatizado mucho con uno de sus compañeros, Bill Rusking, un muchacho pelirrojo, de conversación agradable. Justamente cuando la llamó Reckas, estaban haciendo planes para ir a bailar juntos aquella noche.

Nancy salió del despacho del director y vio a Rusking en la gran

sala, esperándola.

—Se acabó, Bill.

—¡No!

—El jefe me acaba de comisionar un asunto. Un hombre ha sido muerto por un automóvil que se dio a la fuga.

—Yo tengo también para media hora. Apuesto a que todavía lo podemos arreglar. Cuando hayas terminado me llamas aquí y yo iré a tu encuentro.

—Está bien.

Nancy fue en su coche a la calle Osborne, estacionándolo cerca del ciento ochenta y dos. Justamente en el edificio donde se ubicaba un bar cuyo nombre era Topace.

Entró en el local. Había mucha gente.

Hizo una señal a un mozo muy chato y pidió un martini. Mientras el empleado se lo ponía delante, ella preguntó:

—¿Cómo fue?

—¿Cómo fue qué?

—Ya sabe, lo del coche.

—¿Periodista?

—¿En qué me reconoció?

—Tengo olfato.

—Está bien, empecemos otra vez.

—Pierde el tiempo. Yo no vi nada, aún no había llegado.

—Oh.

—Pero quizá se lo pueda arreglar. ¿Ve aquel montón de gente?

Nancy siguió la dirección que el mozo le señalaba con la mano.

Al fondo, alrededor de una mesa, había seis hombres.

—El hombre del sombrero raído es Luke Agaard —prosiguió el mozo—. Él estaba en la calle cuando ocurrió. Le dará detalles.

—Gracias.

Nancy abonó el importe del martini agregando un dólar de propina. Luego cogió el vaso y se dirigió hacia la concurrida mesa del fondo.

Luke Agaard estaba hablando:

—Os digo que no ha habido ningún pescador de esponjas como Tommy Keatte.

Uno de los que escuchaba protestó alegando que él había conocido a un pescador de esponjas mejor que Tommy Keatte.

Nancy se detuvo a cierta distancia.

Luke Agaard se levantó de la mesa, exclamando con un gesto furioso:

—No trataré de discutir contigo, Sam. Sólo eres un cabezota y lo peor es que seguirás así hasta la sepultura.

El llamado Sam soltó una risotada, que fue coreada por sus compañeros.

Luke se alejó a grandes zancadas. La joven periodista dejó el vaso sobre el mostrador y salió a la calle.

—Eh, señor Agaard.

Luke se volvió con las cejas enarcadas, observando a la muchacha.

—¿Qué quiere?

Ella se puso rápidamente a su lado.

—Soy periodista de El Globo, Nancy Dolí.

—Y viene por lo de Tommy Keatte, ¿no?

—Sí.

—Ya he declarado lo que sé a la policía.

—¿Tendría la bondad de repetírmelo a mí?

Luke vaciló unos instantes, pero finalmente sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Está bien. Yo venía por la calle hacia ese bar. De pronto un coche llegó por mis espaldas. Corría mucho, demasiado, y llamó mi atención. Todo sucedió muy aprisa. De pronto, como a treinta yardas más abajo, viró bruscamente y se subió a la acera. Un hombre dio un grito. Luego el coche bajó a la calzada desapareciendo por la próxima esquina.

—¿Vio la matrícula?

—No. Ya le he dicho que todo sucedió demasiado aprisa. Vi el cuerpo de un hombre tendido en la acera y eché a correr. Era Tommy Keatte, aunque lo habían dejado bastante mal.

—¿Estaba muerto?

Luke Agaard se humedeció los labios con la lengua.

—No, no estaba muerto. Ocurrió después.

—¿Cuánto tiempo?

—Diez o doce segundos.

—¿No dijo nada en esos momentos?

Luke se quitó el sombrero y se rascó la pelambrera.

—Sólo dijo una palabra.

—¿Cuál?

—Policía. Sólo eso, señorita Dolí, y luego se murió.

—Al parecer, usted conocía a Tommy Keatte.

—Sí, lo conocíamos todos. Era un personaje muy famoso.

—Yo no sé nada de él, Agaard. No soy de Tampa. ¿Ha cenado?

—No. Iba a mí casa a hacerlo.

—¿Por qué no me acompaña a un restaurante? Yo le invito, naturalmente. Mientras cenamos, usted podría contarme todo lo que sepa acerca de Tommy Keatte.

Luke parpadeó unos instantes, pero finalmente accedió.

En el transcurso de la cena, Luke contó a Nancy la historia de Tommy Keatte.

Nancy sacó un paquete de cigarrillos y fumaron con el café.

—Usted ha dicho, señor Agaard, que no tuvo oportunidad de ver el número de matrícula del coche que atropelló a Tommy Keatte, pero al menos observaría su color.

—Era negro.

—¿Marca?

—No entiendo de marcas, señorita Dolí. Nunca tuve coche. Eso parece difícil, ¿eh? pero es cierto.

—¿No agregó nada más a la policía?

—Sí, una cosa.

—¿Qué fue ello?

—Vi a Tommy Keatte esta tarde.

—¿En dónde?

—En el muelle de Joe’s Creek.

—¿Estaba solo?

—Sí. Estaba sentado al borde del agua. Me acerqué a él para pegar la hebra. Desde allí se ve el paso de las barcas que regresan de la pesca de esponjas. Tommy Keatte era un sentimental.



Quedó ante el cadáver de aquel hombre...

—¿Hablaron de alguna cosa?

—De nada en especial.

—¿Lo observó preocupado?

—Sí. Luego he pensado que estaba un poco nervioso. De pronto se levantó y dijo que se iba a Indian Rocks.

—¿Qué iba a hacer allí?

—No me lo dijo ni yo se lo pregunté.

—¿Qué podría ir a buscar a Indian Rocks?

—Bueno, allí está el Oasis.

—Oasis.

—Un bar restaurante o parador que regentaban un par de amigos hasta ayer.

—¿Por qué hasta ayer?

—Uno de ellos murió. Se estrelló con su coche.

Nancy Dolí recordó haber oído algo de eso durante la mañana en la redacción.

—¿Por casualidad el muerto se llamaba Buree o Bruce?

—Bryce Martin. Su socio es Don Benet. Keatte era amigo de Don. Yo sé que Tommy le sacaba de vez en cuando algún dólar.

—Entonces usted cree que Tommy Keatte fue a ver a Don Benet.

—Yo no aseguro nada, pero, ¿a qué otra cosa podría ir Tommy Keatte a Indian Rocks? Es posible que quisiese darle el pésame a Don, aunque en realidad solo merece felicitarle.

—¿Por qué?

—Ahora Don Benet es el único dueño del negocio del Oasis.

—¿Se ha vuelto a saber algo de la mujer de Keatte?

—NI una palabra.

Nancy Dolí apretó la punta del cigarrillo en el cenicero. Sacó un billete de cinco dólares del bolso y se lo alargó a Luke.

—Oh, no, señorita Dolí. No se lo puedo aceptar.

—No sea tonto. Esto no es un soborno —la joven sonrió.

Se despidió de Luke, y como cosa de media hora más tarde, estacionaba su coche en la playa del Oasis.

Saltó del coche y entró en el bar. Eran las nueve y media de la noche. Cuatro camioneros estaban sentados alrededor de una mesa despachando platos de comida. Un hombre que hablaba con una rubia sentado ante una mesa, volvió bruscamente la cabeza al oír que la puerta se abría, pero, después de observar a la joven que

entraba, pareció dar un suspiro de alivio y continuó hablando con su pareja.

Nancy vio al otro lado del mostrador a un hombre alto, de buena figura, cuyo rostro parecía tallado en granito. Llevaba una chaqueta blanca.

Avanzó hacia los taburetes y tomó posesión de uno. El joven la miró y acercóse por el otro lado.

—¿Qué va a tomar, señorita?

—¿Es bueno el café?

—Nadie se queja.

—Está bien, un café.

Nancy encendió un cigarrillo mientras esperaba.

El joven le puso la taza de café delante.

—¿Usted es Don Benet?

—Sí.

—He venido a hablar con usted.

—Ya está hablando.

—¿Tiene un coche negro?

Don Benet frunció el ceño.

—No, no tengo ningún coche negro y, por si le Interesa, ya me preguntó la policía.

—Estuvieron aquí, ¿eh?

—Sí, estuvieron aquí poco antes que usted. Casi juraría que usted estuvo esperando a que ellos saliesen. No hace de eso más de diez minutos.

—No se enfade —sonrió ella.

—No me enfado.

—Soy Nancy Dolí, de El Globo.

—Celebro haberla conocido —dijo Don y se alejó, dirigiéndose al otro extremo donde estaba la caja registradora.

Nancy lo siguió con la mirada. Diablos, era un buen mozo aquel Don Benet. Palabra que lo era.

Bebió un trago de café y se fue a la cabina telefónica. Disco el número del periódico pidiendo a la operadora de la centralilla que pasase la comunicación al director.

—Aquí Reckas. ¿Dónde se ha metido, Nancy? Debía estar aquí ya con su informe.

—Creo que la cosa va para largo, jefe.

—¿Qué quiere decir?

—Recordará que Tom Keatte fue atropellado por un coche.

—Desde luego.

—Esta mañana hubo también sangre. Otro hombre murió por culpa de un automóvil.

—¿Se refiere a Bryce Martin?

—Desde luego, jefe.

—Pero Bryce Martin murió en un accidente. Lonelan se encargó de eso. Tuve en mis manos el informe de la policía.

—Sí, pero ocurre una cosa y es que esta misma tarde, Tommy Keatte estuvo hablando con Don Benet, el socio de Bryce Martin, posiblemente poco antes de que fuese atropellado en la calle Osborne.

Hubo una pausa.

Reckas empezó a emitir extraños gemidos. Nancy llevaba muy poco tiempo con Reckas, pero había sido suficiente para conocer que en aquellos momentos su jefe estaba pensando.

—¿Dónde está, Nancy?

—En el parador de Don Benet.

—¿Espera sacar algo?

—He estado estableciendo contacto con Don Benet y se me ha mostrado bastante huraño. Es lógico. Supongo que habrá tenido que soportar a la policía por lo de su socio y ahora por lo de Tommy Keatte.

—¿Se ha ido ya la policía?

—Sí.

—Eso quiere decir que no hay nada contra él.

—¿Desde cuándo la policía es infalible, jefe?

Charles Reckas soltó otros tres gruñidos.

—Está bien, Nancy. Es asunto suyo.

—Gradas, jefe. Por favor, ¿quiere transmitir un mensaje a Rusking?

—¡No soy recadero de nadie!

—El muchacho me está esperando. Íbamos a bailar juntos.

—Está bien, lo haré por usted, pero no lo intente más.

—Gracias, jefe.

Nancy colgó el auricular y salió de la cabina volviendo a su taburete. Hizo una señal a Don cuando la miró.

—¿Qué quiere?

—Acabé mis cigarrillos. ¿Quiere darme uno?

Don sacó un paquete del bolsillo de la blanca chaqueta.

Ella se puso el cigarrillo en los labios y aceptó la llama que él le ofrecía.

—¿A qué vino Keatte? —preguntó mientras arrojaba dos chorritos de humo por la nariz.

—No se da por vencida, ¿verdad?

—Me pagan para que informe.

—Sí, ya lo veo.

—Usted es un buen chico y da la impresión también de ser comprensivo.

—Usted lo ha dicho, solo es una impresión.

—Estoy segura.

—¿Me promete que se irá a la cama?

Ella levantó la mano como si estuviese ante un tribunal e hizo un mohín mientras afirmaba con la cabeza. Don dijo:

—Keatte vino aquí para darme el pésame. ¿Está contenta ya?

—Puede.

—Ahora, adiós.

—¿Por qué cree que lo mataron?

—¿Va a empezar otra vez?

—Usted conocía a Tommy y se habrá hecho una idea acerca del asunto.

—No tengo ideas, no soy periodista.

Joe apareció por detrás y Don volvió la cabeza.

—¿Qué quieres, Joe?

—Ha llamado el cinco.

Don pensó que era una buena oportunidad para desembarazarse de Nancy Dolí.

—Está bien, iré yo. —Miró a la joven—. Con su permiso.

—Lo tiene, muchacho, lo tiene —repuso ella con soma.

Don salió por la puerta trasera y llamó en el departamento de Ivette.

—Adelante.

CAPÍTULO IV

La rubia estaba sentada en un sillón. Se cubría con unos pantalones negros y una blusa verde. El conjunto hacía resaltar el color rublo de su cabello.

—¿Qué tiene para comer?

—Huevos, jamón, rosbif, pollo trufado… —repuso Don.

—Huevos con jamón, café y tostada con mantequilla.

—Muy bien.

Don fue directamente a la cocina. Preparó los huevos con jamón y las tostadas. Luego abrió la ventanilla que comunicaba con el mostrador y dijo a Joe que preparase el café. Cuando Iba a retirar la cabeza observó a Nancy que todavía estaba en el taburete.

Vio como ella le sonreía, pero él no hizo ningún gesto para corresponderle.

Joe le pasó el café y él lo puso con los tres platos sobre la bandeja.

Llamó con los nudillos suavemente en la puerta número cinco para anunciar su llegada y entró sin esperar la autorización.

Oyó una voz varonil:

—Tú no te quedas aquí, nena.

—¿Quién dijo que no? —replicó Ivette.

Don observó al hombre que se había Introducido en el departamento mientras estuvo ausente. Frisaba en los treinta y cinco años y era corpulento, de facciones alargadas y bigote finamente recortado. Se cubría con un traje de buen paño.

El tipo volvió la cabeza para mirar a Don.

—Déjelo todo sobre la mesita —pidió Ivette con una sonrisa.

—¡Lléveselo! —exclamó el hombre—. ¡Ella no va a comer aquí!

Don permaneció Inmóvil con la bandeja en las manos.

Ivette le hizo un gesto con la cabeza, y entonces él se acercó a la mesa y dejó la bandeja.

El hombre dio un paso hacia él.

—Le he dicho que se la llevara. ¿O es que quiere que se la tire a la cara?

—No seas estúpido, George —dijo Ivette.

El llamado George siguió mirando a Don.

—¿Es que no me ha oído? ¡Lárguese de una vez con sus condenados platos!

—Ella me ha dicho que los dejase —repuso Don—. Es la única que puede dar órdenes. Y eso me recuerda que usted no es un cliente.

—NI pienso serlo.

—En tal caso tendrá que salir de aquí.

—Claro que sí. Voy a salir, pero ella va a venir conmigo.

Ivette Intervino nuevamente:

—Es una escena ridícula, George. Márchate ya y, por favor, olvídate de que existo. George dio media vuelta y caminó hacia un armarlo. Abrió la puerta bruscamente y sacó una valija. En una de las perchas estaba la blusa roja y la falda gris y en la de al lado un abrigo de entretiempo.

George quitó las prendas y arrojó las perchas al suelo Ivette lo observó mientras metía aquéllas en la valija.

—No me voy a Ir contigo, George.

—Te sacaré por la fuerza.

Don oyó su propia voz mientras decía roncamente:

—Deje eso.

George Interrumpió su trabajo y levantó la mirada.

—¿Qué es lo que dice?

—Que deje eso y se marche.

George sonrió enseñando una dentadura blanca, perfectamente alineada.

—¿Por qué no se va a seguir sirviendo al público, mozo? Aquí no lo necesitamos.

—Ella me necesita.

—No se deje impresionar por Ivette, es una chica muy voluble. Dentro de un rato, cuando regresemos a la dudad, ella apoyará dulcemente su cabecita en mi hombro.

Los senos de la rubia se agitaron tempestuosamente.

—¡Eres un presuntuoso, George, y es por lo que no pienso

tolerarte más!

—¿Sí, nena? —sonrió George.

—¡Hemos terminado para siempre!

George cerró la valija y la cogió por el asa.

Empezó a avanzar hacia Ivette, pero Don se interpuso.

—Quítese de en medio —dijo George.

Don le pegó un puñetazo en el estómago.

George arrojó todo el aire por la boca y se dobló haciendo una mueca de dolor. La valija resbaló de sus dedos y golpeó contra la alfombra. Luego quedóse mirando con ojos cargados de odio a Don.

—¡Maldito sea…! ¡Lo voy a convertir en pulpa!

Alargó la mano con evidente deseo de coger un pedazo de carne para pellizcar. Don le pegó con el dorso de la zurda en la muñeca y luego lo abofeteó con dureza lanzándolo contra la pared.

—¡Salga de aquí! —dijo.

George tenía la cara roja. Durante unos instantes pareció que se iba a abalanzar sobre Don, pero finalmente lo pensó mejor. Miró con fiereza a Ivette.

—Está bien, nena. Conseguiste un buen ayudante pero no te servirá de nada.

—¡Largo! —exclamó Don.

George echó a andar hacia la puerta. Cuando llegó al umbral se volvió.

—Nos veremos, Ivette.

Luego se marchó, cerrando a sus espaldas violentamente.

Den se observó el puño.

—Gracias —dijo Ivette.

—Resultó sencillo.

—No me pareció a mí que lo sería. He visto a George deshacerse de dos individuos al mismo tiempo.

—Serían novatos. Fui boxeador en mi juventud.

—Oh, apuesto a que llegó a campeón.

—No, no lo fui —sonrió Don—. Si me necesita, ya sabe, no tiene más que llamarme.

—¿Se va ya?

—Sí, tengo trabajo.

El la observó detenidamente, y se dijo que ella era realmente la mujer más hermosa que había conocido en su vida.

Dio media vuelta y echó a andar. Antes de llegar al umbral se detuvo y volvió la cabeza.

—Enciérrese con llave por dentro. De todas formas, tiene el timbre a su alcance. Vendré en cuanto haga la llamada.

—¿Cuál es su nombre?

—Benet, Don Benet.

—Le quedo muy agradecida, Don.

Don salló fuera cerrando tras sí y cuando se hubo alejado unos cuantos pasos oyó que ella estaba echando la llave en la cerradura.

Se detuvo observando los alrededores, pero no vio a George por ninguna parte.

Entró por la puerta trasera y de pronto se detuvo al ver a Nancy Dolí sentada en una silla.

Joe estaba en el umbral de la otra puerta, la que comunicaba con el mostrador.

—¿Por qué la dejaste pasar, Joe?

—No le riña —Intervino Nancy—. Le dije que usted y yo éramos amigos.

—Usted es muy lista —dijo Don y levantó la mirada depositándola en el rostro de Joe—. ¿Cuánto te dio, muchacho?

—¿Qué?

—¿Cuánto te dio?

Joe se pasó la lengua por los labios.

—Cinco dólares —repuso y sacó del bolsillo un arrugado billete.

—Está bien, lárgate.

Nancy y Don quedaron a solas.

Don cogió un cigarrillo y lo encendió.

—¿Qué tengo que decirle para que termine su acoso, señorita Dolí?

—La verdad.

—¿Sólo la verdad?

—Eso es.

—Muy bien, señorita Dolí. Saque el lápiz y el bloc.

—Es usted maravilloso, ¿no se lo dije?

Ella sacó del bolsillo un cuaderno de notas y un lápiz.

Don se metió las manos en los bolsillos mientras daba chupadas al cigarrillo que tenía entre los labios.

—Yo maté a Bryce Martin —empezó a decir.

—Oh —dijo ella.

—Vamos, señorita Dolí, no Interrumpa. Últimamente nos habían ido las cosas mal. Habíamos empezado a perder dinero, pero eso no fue nada; Lo peor vino después. Se presentó por aquí, una mujer, una pelirroja con un palmito que tiraba de espaldas. Sobrevino la tragedia. Bryce y yo nos enamoramos a un tiempo. Sume las dos cosas, amor y dinero. Resulta que la pelirroja lo prefirió a él, pero yo no me conformé. Decidí matar a Bryce. Después de todo, pensé que la pelirroja, a falta de él, se conformaría conmigo y, naturalmente, yo tendría todo el negocio. Así fue cómo lo «liquidé». Averié el motor de su coche y se fue al infierno. Uno menos. Pero había un tipo listo, Tommy Keatte. Se dio cuenta de lo que había pasado y vino aquí a chantajearme. Eso es, me pidió un montón de billetes por no comunicar el asunto a la policía. ¿Y qué hice yo? Dejé ir a Keatte, pero luego me fui en su busca. Robé un coche en la ciudad y fui al lugar en donde supuse encontraría a Keatte. Lo esperé un rato y por fin se presentó mi oportunidad cuando caminaba por la acera. Lancé el coche contra él y lo convertí en papilla. Luego solo tuve que abandonar el coche y volver a mí negocio.

Observó a la joven y se dio cuenta de que ella llevaba un buen rato sin escribir.

—¿A quién quiere tomar el pelo con esa historia, Don?

—¿No es eso lo que usted quería?

—Le dije que yo quería la verdad.

—Hay muchas clases de verdades, al parecer. Yo digo que no tengo nada que ver con la muerte de Bryce ni con la de Keatte. Entonces le cuento la versión en que yo aparezco como personaje principal. Naturalmente, si tampoco es de su gusto, podemos intentarlo por tercera vez.

Nancy enarcó las cejas.

—¿Dónde estudió usted, Don?

—En la escuela secundaria.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Habla demasiado bien para ser un cualquiera, especialmente para ser un hombre que sirve al público detrás del mostrador.

—Me gustaba mi trabajo.

—¿Ya no le gusta?

—Ni siquiera lo sé. Ustedes lo están haciendo despreciable.

—Entonces, ¿no mató a Bryce Martin?

—No, no lo maté.

—¿Ni tampoco a Keatte?

—Tampoco.

—Sin embargo, Joe dijo que usted salió poco después que Keatte se marchó de aquí y que estuvo ausente una hora.

—Sí, estuve una hora ausente y también,lo sabe la policía.

—¿Adónde fue?

Don puso los brazos en jarras y se quedó mirándola.

—Usted es graciosa.

—¿Sí?

—Palabra que lo es.

—¿Dígame porqué?

—¿Me pregunto por qué la soporto?

—¿Le contesto yo?

—Sí.

—Le soy simpática.

—Qué modesta.

—¿Adónde fue, Don, después que se marchó Keatte?

—Fui a ver a Lela.

—¿Lola?

—Una amiga, una mujer. ¿Sabe lo que es una mujer, O también necesita que se lo explique?

—No, gracias. Creo que lo sé y me imagino también cómo debe ser Lola.

—Estupendo, esto empieza ya a marchar.

—¿Estuvo todo el tiempo con Lola?

—Haga lo que la policía. Pregúnteselo a ella. Avenida setenta y cuatro, Pinellas Park, número noventa y siete, departamento doce.

Ella apuntó la dirección y luego se puso en pie.

—Espero que quede absuelto.

—Será una gran noticia.

Nancy señaló la puerta trasera.

—¿Puedo salir por ahí?

—Claro que sí, si es que no teme por su reputación.

—Pierda cuidado.

Nancy se encaminó hacia la puerta y antes de salir volvió la cabeza y le dirigió una sonrisa a Don.

—¿Le dije que era usted un chico muy comprensivo?

No esperó la respuesta y cerró a sus espaldas.

Don se quedó observando la puerta cerrada. Luego arrojó el cigarrillo con fuerza al suelo y lo pisó con el tacón del zapato.

Salió al bar. Joe estaba sirviendo una mesa. Habían llegado media docena de clientes. Había un tipo borracho que bailaba solo junto a la gramola al compás de la orquesta de Bill Haley.

Joe observó a Don y este le dijo:

—Te gustan los billetes de a cinco dólares, ¿verdad?

—Verá, yo…

—¿No te pago bastante?

—Sí, patrón, me paga bastante.

—Entonces, ¿qué fue?

—La chica.

—Te conquistó, ¿eh?

—Aunque no es la rubia, está un rato bien y me resultó más agradable. También lo hice por usted.

—¿Por mí?

—Usted no tiene nada que esconder.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

En ese instante sonó un timbre.

Don comprobó que era el departamento número cinco. Fue allá.

CAPÍTULO V

Ivette lo estaba esperando con la puerta abierta.

—Pase, ya terminé.

Don entró, en la habitación y se dirigió a la mesa ratona para retirar el servicio.

—¿Tiene tanta prisa? —inquirió ella.

Don se volvió.

Ivette apoyaba la espalda en la pared. En aquella posición, ganaba un cien por cien en encantos.

—Tengo un solo empleado y a veces se les ocurre llegar en pandilla.

—Ya lo llamará él,

—¿Tiene miedo a quedarse sola?

—Sí, a pesar de la puerta cerrada. Acabo de terminar con un episodio de mí vida.

—¿George?

—Sí, George. ¿Por qué no se sienta? Traeré un poco de música.

Don se sentó y ella fue al dormitorio y regresó con un aparato que funcionaba con pilas. Lo dejó sobre la pequeña mesa y después de encenderlo buscó una emisora en el dial. La voz de Harry Belafonte se desparramó por la estancia.

—Me gusta Harry Belafonte.

Don no tuvo ningún comentario que hacer.

—Usted es muy serio, Don.

—Sí, lo soy.

—¿Con las chicas también?

—Hay excepciones.

—Me agradaría ser una excepción.

Se miraron muy fijamente a los ojos y ella dijo:

—Apuesto a que ha formado una mala opinión de mí.

—¿Por qué?

—George.

—Oh, no. Es algo a lo que no he concedido importancia. Después de todo es natural.

—¿Qué es natural?

—Que una chica como usted se vea acosada en ciertas ocasiones.

Ivette se sentó en el diván y cruzó las piernas. Dio una chupada al cigarrillo y expelió un chorro de humo.

—¿No se encuentra muy solo aquí, Don?

—Antes, no. Ahora han muerto dos amigos míos y es posible que esto se me haga insoportable.

—¿Adónde irá?

—No lo tengo decidido. De todas formas, quizá me lleve algún tiempo. Ele de vender el negocio y no lo voy a regalar por cualquier precio. A Bryce y a mí nos costó mucho trabajo levantarlo.

—¿Se llevará a su chica con usted?

—No hay ninguna chica.

Ivette enarcó las cejas.

—Me está engañando, Don.

—Es la pura verdad. Salgo con algunas cuando voy a la dudad, pero no siento preferencia por una de ellas en especial.

—En cierto modo somos parecidos,

—¿En qué?

—Vivimos solitariamente.

—¿Usted?

—Le extraña, ¿verdad?

—La verdad es que sí.

—No tuve yo tampoco suerte con los hombres. Siempre he encontrado tipos como George, ya sabe, gente que le gusta exhibirá una bonita mujer a su lado.

—Y a usted no le gusta eso.

—No, no me gusta.

—¿Por qué?

—Ningún hombre me ha dado hasta ahora lo que yo quiero.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Un hogar. Paz y tranquilidad.

—Ya.

De pronto la puerta se abrió de golpe. Los dos volvieron la cabeza simultáneamente. George estaba en el umbral con una

pistola en la mano. Sus pupilas estaban dilatadas y brillaban como ascuas. No mantenía muy bien la vertical. Indudablemente había bebido un poco más de la cuenta.

Cerró a sus espaldas de un portazo y apoyóse en la pared.

—Estupendo —exclamó con una sonrisa sarcástica—. Casi llegué en el momento oportuno.

—¿Qué te pasa, George? —preguntó Ivette.

—¿Y lo preguntas tú, monada? Me has engaño.

—No, George.

—Sí, me has engañado y con un mozo de bar. Maldita seas… Te voy a arrancar la piel a tiras.

—Serénese, George —dijo Don.

—Cierra el pico, condenado —gritó George—. A ti también te voy a ajustar las cuentas. Ivette se puso en pie. Estaba muy pálida.

—Está bien, George, me iré contigo.

—Ahora, ¿verdad?

—Te obedeceré en todo, pero déjalo en paz.

—¿A quién?

—A Don.

George soltó otra carcajada.

—Te ha gustado, ¿eh, nena? —George midió a Don de pies a cabeza—. Resulta que es un tipo que te gusta.

—No hablemos de eso —dijo Ivette.

—¿Por qué no? —George miró a Don—. ¿Lo has oído, muchacho? Ella te echó el ojo. Por eso no quiso venir conmigo.

—Puedo alquilarle una habitación por esta noche, George —dijo Don.

—¿Sí?

—Si se acuesta ahora, mañana se encontrará como nuevo.

Don echó a andar hacia la puerta. Tenía que pasar muy cerca de George, el cual se había retirado unos pasos de la pared.

Don procedió con naturalidad. No pensaba abalanzarse sobre George para desarmarlo. Tenía experiencia con borrachos. La mejor forma de sorprenderle era proceder como si todo aquello no tuviera importancia.

Pero de pronto, George reaccionó inopinadamente, propinándole un culatazo en la mejilla.

Don se desplomó de rodillas sintiendo que el dolor le laceraba el

cerebro y que de aquí se transmitía en ondas por todo el cuerpo.

Oyó que George reía.

—Esto solo es el comienzo, muchacho.

Ivette echó a correr para escapar por la puerta y George se lanzó sobre ella.

Don movió la cabeza de un lado a otro y los vio forcejear. George estaba de espaldas.

Se levantó rápidamente y cuando George se disponía a volver la pistola contra él le soltó un trallazo en el hígado y cuando se arrugaba le conectó un terrible puñetazo en el mentón.

George se vino abajo sin emitir un solo gemido y quedó en el suelo, boca arriba, sin moverse.

Don se agachó sobre él y le quitó la pistola guardándola en el bolsillo.

Ivette sollozaba apoyando la frente en la puerta.

Don fue hacia ella y la cogió por los brazos. Ella giró bruscamente y hundió su cara en el pecho varonil.

—Vamos, ya ha pasado —dijo él.

Pero ella seguía inmóvil y él sintió el suave calor que emanaba de su cuerpo y el perfume de Su cabello rubio como el champaña.

—Ocurrió en Miami hace dos semanas. Yo estaba allí anclada. Era secretaria de un fabricante de Nueva York. Él estaba casado y creyó que yo me doblegaría a sus deseos. Me despidió sin pagarme siquiera lo que me debía. No tenía dinero ni para pagar la cuenta del hotel. En esas circunstancias conocí a George. Él se ofreció a solucionármelo todo y luego resultó que era como el otro. Me había comprado un coche y decidí huir de su lado, pero George me ha seguido hasta aquí.

—No se preocupe, no volverá a molestarla.

—No se resignará.

—Esta vez, sí.

—¿Es que no lo ha visto? Ha traído consigo una pistola.

—Ahora la pistola la tengo yo.

George empezó a recuperar el conocimiento. Don se apartó de la joven e izó a George cogiéndolo por el cuello de la camisa. Luego lo aplastó contra la pared y le dio dos bofetadas para ayudarlo a que se recuperase.

George trató de desasirse, pero no pudo.

—¡Suélteme, maldito sea! —exclamó.

—Quiero que entienda mis palabras, George.

—¡Váyase al cuerno!

Don le pegó con el dorso de la mano en la boca. George soltó un gemido.

—Escuche, George. Esta chica va a ser tabú para usted desde ahora. ¿Lo va entendiendo?

George sacudió la cabeza de arriba abajo.

—¿Quiere soltarme ya?

—Escuche ahora el final. Todos olvidaremos este incidente. Usted se largará de aquí para no regresar jamás.

George no dijo nada.

Don apretó duramente los labios.

—No se le olvide, muchacho. Hay muchas mujeres en el mundo y es seguro que encontrará unas cuantas que se conformarán con lo que usted les dé. Busque una de ellas.

—Está bien.

—Podía entregarlo a la policía para que le diera un escarmiento. Ha entrado aquí con una pistola. Ellos llaman a eso tentativa de homicidio, pero no me interesa arruinarlo, George. Sólo quiero que se vaya.

—Me iré.

Don lo dejó libre.

George quedóse mirando a Ivette. No dijo nada y echó a andar hacia la puerta. Salió cerrando suavemente.

Don fue tras él y abrió la puerta observando cómo se alejaba hacia la playa de estacionamiento. Se perdió en la negrura de la noche, pero poco después lo vio a lo lejos. Luego se oyó el ruido de un motor y un coche partió en dirección a Tampa,

Don giró sobre sus talones y vio que Ivette lo estaba mirando. Ya había secado las lágrimas de sus ojos.

—No podía imaginar que esto terminase así —murmuró la rubia.

—Sin embargo, ha terminado.

—¿Crees que no volverá?

—Estoy seguro de que no. Ha sido humillado en tú presencia y eso es el peor castigo para él.

Guardaron silencio. Ahora en la radio cantaba Frankie Lame.

—Te he traído complicaciones, Don.

—No me quejo.
—Me marcharé mañana en cuanto amanezca.
—Yo no he pedido que te marches.
—Llevo mala suerte a las personas que se acercan a mí.
—No soy supersticioso.
—Iré a California.
—Yo también pensaba ir a California.
—Creo que me hubiese gustado hacer el viaje juntos.
—Lo podemos hacer.
—Oh, no, Don.
—¿Existe algo que lo impida?
—Entonces, ¿está decidido a dejar esto?
—Sí, estoy decidido. Y a mí me gustará también ir contigo a California. Estaban muy cerca y ella dio unos pasos hacia él.
—¿No te arrepentirás, Don?
—Nunca me arrepiento de nada de lo que hago…
—¿Nos iremos mañana?
—No, mañana, no.
—¿Cuándo?
—Dentro de un par de días o quizá tres. He de vender mi negocio.
—Véndelo mañana, Don.
—Lo intentaré.
Se besaron.

CAPÍTULO VI

Don salió al encuentro del hombre de cabello rojizo que se había levantado de un sillón tras la mesa. Estrecháronse la mano.

—¿Cómo estás, Ed?

—Muy bien. Don. Siéntate.

Don ocupó un sillón de cuero y Ed se apoyó en el borde de la mesa, diciendo:

—Siento lo de Bryce.

—Sí, ha sido una verdadera desgracia.

—Supongo que quieres que me ocupe de la herencia.

—Eso es solo una parte. Voy a vender el negocio.

—¿El Oasis?

—Sí, Ed. Me quiero marchar de aquí.

—¿Puedo preguntarte porqué?

—Aunque la policía lo consideró como accidente, hay personas que piensan otra cosa.

—Siempre hay gente malintencionada, Don. No te dejes influenciar por ellos.

—Esta vez van a ganar.

—Es absurdo, Don.

—Lo he pensado mucho, y estoy decidido.

—¿Por qué no esperas una semana?

—No voy a esperar.

—En siete días, esos que hablan terminarán por callarse.

—No, voy a vender. Si no quieres ocuparte tú de ello, recurriré a otro agente.

—Está bien, está bien, no te sulfures.

—Quiero que lo hagas rápido.

Ed se dirigió hacia la ventana frotándose la nuca.

—Por lo visto no tiene arreglo.

—No tiene arreglo —ratificó Don.

—Puedo vender el Oasis cuando quiera siempre que el precio sea bueno. Ya sabes que George Stromer siempre ha estado interesado.

—De acuerdo, habla con Stromer.

—¿Cuánto?

—Quince mil dólares.

—Creo que aceptará.

—Si se pone pesado se lo dejas en trece.

—Es muy posible que hagamos la operación mañana.

—Hazme una llamada y vendré enseguida.

—De acuerdo, muchacho.

Don se levantó y cambió otro apretón de manos con el agente, despidiéndose. Salió a la calle y vio en el asiento delantero de su coche a una joven de cabello moruno.

Se acercó rápidamente y entonces ella volvió la cabeza. Era Nancy Dolí.

—Oiga, ¿es que no voy a poder librarme de usted? —dijo Don.

La joven sonrió y en cada una de sus mejillas apareció un hoyuelo.

—Lo vi antes de entrar en ese edificio y decidí esperarlo. Pensé que con mi poco de suerte, usted me invitaría a almorzar.

—Es una chica bastante fresca.

—¿No le gustan así?

—No.

Don dio la vuelta por la parte del motor y se sentó ante el volante. Puso el coche en marcha y poco después se deslizaba por la calzada.

—¿Vino a ver a su médico? —preguntó ella.

—No.

—¿A su abogado?

—No.

Don se arrimó a la acera y detuvo el automóvil.

—¿Me va a echar del coche? —preguntó ella, mirándolo.

Don saltó fuera y abrió la portezuela del lado de la joven.

—¿Dijo algo de almorzar, verdad?

—Sí.

—Hemos llegado.

Nancy creyó que bromeaba, pero dirigió una mirada al edificio

ante el que se habían detenido y efectivamente, vio que había un restaurante. Se llamaba Gargantúa.

—Caramba —dijo saltando fuera—. Se está volviendo humano.

Entraron en el local y ocuparon una mesa al fondo.

Un camarero les trajo la carta y ellos hicieron el pedido. Cuando quedaron a solas se miraron otra vez fijamente.

—Bien, señorita Dolí, al parecer, ha decidido convertirse en mi sombra.

—¿Le molesta?

—No, porque va a ser por poco tiempo.

Ella cogió un cigarrillo del paquete que él le alargaba y ambos encendieron.

—Usted no hará eso —dijo ella, después de expulsar el humo.

—¿El qué?

—Marcharse de aquí.

—¿Es que también me va a aconsejar, señorita Dolí?

—Demórelo al menos hasta que se aclaren las muertes de Bryce y Keatte.

—Sólo la policía me lo podría impedir y creo que no tiene nada contra mí.

—Lo tendrá cuando se entere de que usted ha decidido largarse de Indian Rocks.

—Eso no hará cambiar las cosas.

—Usted sigue siendo el primer sospechoso a pesar de todo.

—¿De veras?

—Estuve hablando con Lola.

—¿Y qué le pareció?

—Una mujer muy simpática que está enamorada de usted.

—Gracias.

—No bromeo.

—Supongamos que está en lo cierto.

—Lola habría mentido por usted.

—¿En qué habría mentido?

—En decir que usted estuvo con ella mientras mataban a Tommy Keatte.

—¿Dijo que era periodista o detective?

—Un periodista tiene algo de detective.

El mozo llegó y dejó en la mesa dos martinis.

Nancy bebió un trago del suyo y de pronto preguntó:
—¿Quién es la rubia?
—¿La rubia?
—La que ocupa el departamento número cinco de los que usted alquila en su negocio.
—¿Es indispensable que lo sepa?
—Sí, pero no se trata de nada que tenga que ver con el asunto. Usted me gustó y me pone celosa que la prefiera a ella.
—¿Me va a pedir en matrimonio? —dijo Don.
—Me alegra que tenga sentido del humor —rio ella—. Eso significa que es inteligente.
—Pero no tanto como usted, ¿verdad?
—Bueno, sigamos hablando de nuestras cosas. ¿Quién cree usted que registró el departamento de Bryce?
—¿Cómo?
—Estuve allá.
—Le sacó la llave a Joe, ¿eh?
—Oh, no. No me hubiese gustado comprometerlo tanto. Empleé mi llave falsa.
—Usted es un caso perdido.
—Me di cuenta de que había sido cosido el colchón precipitadamente y observé también el sillón destripado.
—¿Se lo contó a la policía?
—Todavía, no. Decidí reservármelo, lo mismo que lo de ese amor que siente por usted Lola. Sólo lo contaré si usted insiste en marcharse.
—Chantaje.
—Sí, chantaje.
—¿No teme por su vida?
—¿Por qué he de temer?
—Si yo fuese el asesino de mí socio y el de Keatte tendría ahora que librarme de usted.
—¿Lo va a hacer?
—Quizá piense en ello, pero usted se las sabe todas, tendré que dar con un buen procedimiento.
—Admitamos por un momento que no fue usted el que registró en el departamento de Bryce.
—Ya está admitido.

—¿Qué cree que buscarían allí?
—No tengo idea.
—Usted y Bryce eran socios. Quizá usted sostuvo una conversación a la que todavía no ha dado la debida importancia.
—Entre él y yo no ha habido ninguna conversación importante.
—No se llevaban bien últimamente, ¿verdad?
—No; no nos llevábamos bien.
—¿Por qué?
—Bryce empezó a no atender el negocio. Apenas paraba media hora en él.
—¿No supo a qué se debían esas ausencias?
—No.
—¿Una mujer?
—Le digo que no lo sé.
La joven bebió otro trago del martini.
—He estado husmeando en los periódicos atrasados.
—Horas extraordinarias, ¿eh?
—Sí, creo que el caso lo merece y le aseguro que los resultados han sido satisfactorios.
—¿Qué resultados son esos?
—En las últimas cinco semanas, han muerto cuatro hombres.
—¿Nada más? La nación goza de una buena salud.
—No haga chistes malos. Aparte de Bryce Martin y de Tommy Keatte, han muerto otros dos hombres que yo relaciono con el caso.
—Quizá esté dispuesto a escucharla.
—No se lo pierda. Ya verá cómo lo considera interesante.
—Empiece.
—El seis de marzo en Daytona Beach fue encontrado muerto un hombre en la habitación del hotel Dorado. Le habían pegado cuatro tiros. El muerto se llamaba Cari Divine, pero no usaba su verdadero nombre. Era Max Oboler, un estafador que había cumplido condena de seis años en Sing-Sing.
—¿Dónde está la relación con las muertes de Bryce Martin y Tommy Keatte, en el supuesto de que lo de mí socio no fuese accidente?
—Quince días más tarde fue encontrado un cadáver en la playa de Key Largo, al sur de la bahía de Biscayne. Lo habían degollado con un cuchillo. La policía identificó al tipo como Ellis White, un

fulano que también había estado en Sing-Sing y justamente había sido compañero de celda de Max Oboler, alias Cari Divine.

—Estupendo, Nancy. ¿Y cuántos más delincuentes que alguna vez estuvieron en Sing-Sing han muerto de forma violenta durante las últimas semanas? Apuesto a que si sigue buscando en los archivos se encuentra con una veintena.

—Es posible, pero estoy segura de que en los bolsillos de ellos no se encontraría la tarjeta que se halló en el bolsillo de Ellis White.

—¿Qué tarjeta?

—Una simple cartulina en la que escrito a lápiz, había un nombre: Tampa.

—¿Sólo es eso?

—¿Le parece poco? Max Oboler y Ellis White están relacionados por su permanencia en la misma celda y por su muerte en el estado de Florida con escasos días de diferencia entre una y otra. Los dos tuvieron que morir por algo, ¿no le parece?

—Un ajuste de cuentas.

—No lo creo así. Le falta conocer lo más importante, Don.

—¿El qué?

—Hace seis meses murió otro compañero de celda de Max Oboler y Ellis White.

—¿Otro?

—Sí, ese es el que encabeza la lista. Ben Schulz. ¿Y sabe de qué murió?

—No tengo idea.

—Atropellado por un coche.

Don hizo una mueca.

—¿Dónde?

—En Raleigh, Carolina del Norte. ¿Se da cuenta, Don? Eran tres compañeros que compartían la misma celda en Sing-Sing y al primero ya le mataron por el mismo procedimiento que se ha utilizado con Tommy Keatte, sin contar con que su socio Bryce Martin también ha muerto por culpa de un coche.

—¿Se ha informado acerca de por qué fueron a parar a la cárcel esos tipos?

—Max Oboler era un chantajista. Ellis White, un distribuidor de drogas y Ben Schulz, un estupendo copista que falsificaba cuadros.

—Hay para todos los gustos.

—Era una buena pandilla.

—Pondré a prueba su imaginación. ¿Qué es lo que cocían entre ellos?

—No lo sé, pero se me ha ocurrido una idea.

—Explíquela.

—De algún modo, Bryce Martin entró en contacto con el asunto. Es lo que me hace pensar en el registro a que fue sometido su apartamento.

—No está mal.

—¿Apreció alguna vez en Bryce síntomas de que se hubiese drogado?

—No. Estoy seguro de que Bryce no tomaba drogas.

—Si supiésemos dónde pasaba su tiempo cuando se largaba del Oasis…

—Jeff Lamb, un viejo pescador de esponjas, lo vio un par de veces durante la última semana.

—¿En dónde?

—En un lugar extraño para Bryce, bañándose en una laguna cerca de donde Lamb tiene su muelle.

—¿Dónde está lo extraño?

—A Bryce le gustaba la gente.

—¿No estaría allí con alguna chica?

—Jeff Lamb solo lo vio a él, Se limitaron a saludarse con la mano.

—¿Dónde está esa laguna?

—En Ozona, en el camino a Tarpon Springs.

—Bueno, eso ya es algo. Alguien tiene que haber visto a Bryce por allí. Me juego otro almuerzo a que consigo sacar algo en claro.

—Si se dejase la llave falsa en casa, me atrevería a apostar algo.

No hablaron nada mientras comieron. Encendieron cigarrillos con el café y entonces ella interrumpió el silencio.

—¿De veras se va a marchar, Don?

—Usted lo ha hecho difícil, Nancy.

—Bravo, eso quiere decir que va a trabajar conmigo.

Don la miro a los ojos.

—Parece estar muy entusiasmada.

—Lo estoy.

—Echa en olvido algo muy importante. Supongamos que acepte.

Cuatro personas han resultado muertas de una forma u otra. Parece que no vacilan mucho en eliminar obstáculos.

—Oh, Don, eso resulta maravilloso. Empieza a preocuparse por mí.

—¿Cuándo va a dejar de bromear?

—Cuando se decida a desfruncir el entrecejo.

Don hizo una señal al mozo y seguidamente abonó la adición.

—¿Va a ir a Tarpon Springs? —preguntó él.

—Desde luego, ahora mismo.

—Supongo que querrá que la acompañe.

—No, prefiero ir sola.

—¿Por qué?

—Una chica como yo se puede dar buena maña para cazar información.

—No me diga.

—Usted sería un estorbo, Don —ella le sonrió—. Si necesito su ayuda, lo llamaré al Oasis.

—Como quiera.

Don se metió en el coche y la miró en la acera.

—Esperaré sus noticias, Nancy.

—Muy bien —dijo ella levantando la mano a manera de despedida.

El puso en marcha el coche y este se apartó del bordillo de la acera. De pronto oyó que ella exclamaba:

—¡Tenga cuidado con la rubia!

No pudo por menos que sonreír.

CAPÍTULO VII

Llegó al Oasis y después de aparcar el coche se dirigió al negocio.

De pronto la puerta del departamento número cinco se abrió.

—Hola, Don —lo saludó Ivette.

Él se acercó a ella y la joven lo invitó a pasar. Ya dentro ella se colgó de su cuello.

—¿Todo arreglado, Don?

—He dado orden a mí agente de que venda el negocio.

—Estupendo, me gustaría escapar ya de aquí.

—¿Sigues temiendo a George?

—Oh, no. Ahora estoy convencida de que no dará nuevas señales de vida. Es por nosotros, por ti y por mí.

—¿Sí?

—Quiero emborracharme de amor a tu lado.

—No está mal la frase. Pero desgraciadamente ahora me tengo que ir —dijo Don.

—¿Me vas a dejar sola?

—Seguro que el presunto comprador se dejará caer por aquí para observar el movimiento que hay. Necesito que me encuentre detrás del mostrador con él negocio en marcha.

—Está bien, pero dedícame un poco de tiempo.

—Haré una escapada.

—Estaré contando los minutos.

Don salió del departamento y entró en el bar. Un hombre y una mujer tomaban café en los taburetes. Dos conductores se refrescaban con «Coca-Cola». Había tres fulanos en mangas de camisa escuchando un disco que se movía en la gramola.

Joe lavaba unos vasos. Don le hizo una señal con la cabeza para que lo siguiese.

Llegados a la habitación de Don, este se enfrentó con Joe y al

ver su cara se frotó la mejilla. Le era difícil darle la noticia.

—Voy a vender esto, Joe.

—¿El Oasis? —balbució el empleado.

—No tienes que preocuparte. Te recomendaré al nuevo dueño. Tú entrarás en el traspaso, Joe.

—No me preocupaba por mí, patrón.

—¿No?

—Es por usted.

—Soy ya mayor de edad, Joe. Sé arreglármelas bien.

—Se irá con la rubia, ¿verdad?

—No es asunto tuyo.

—No me gusta la rubia.

—Tampoco he pedido tu opinión.

—Ahora siento que yo lo hiciese salir cuando ella llegó ayer.

—Será mejor que vuelvas al mostrador.

—Podría olvidar lo de Bryce Martin y todo volverá a ser como antes.

—Lárgate ya, Joe. ¿O es que quieres que te despida antes de marcharme?

Joe sacudió la cabeza. Giró sobre sus talones y salió fuera.

Don golpeó el puño cerrado contra la palma de la otra mano. Se odiaba a sí mismo por haber hablado en tono tan duro a Joe.

Soltó una imprecación y se puso a revisar todo lo que poseía para elegir lo que había de llevarse. Abrió un armario y sacó trajes, camisas, ropa interior y fue depositándolo todo sobre la cama.

De pronto vio una caja en la parte inferior del armario. Era algo que no le pertenecía a él, el magnetofón de Bryce. Lo sacó fuera y observó un rato pensativo.

Bryce se había comprado el magnetofón para aprender francés. Eso había ocurrido un año antes. Bryce tomaba en cinta las lecciones que emitía una estación de Nueva Orleáns.

Puso en marcha el aparato. Tras unos sordos chasquidos oyó la voz del locutor a la que siguió la del profesor de francés que daba la clase.

Don encendió un cigarrillo y se puso a pasear por la habitación.

Recordó la época en que se encontró con Bryce. Fue en Jacksonville, en un bar. Bryce tenía en el bolsillo cinco dólares y él ocho y un tipo les habló de una partida de dados. Acordaron reunir

su capital para jugárselo. Ganaron mil seiscientos dólares. Al día siguiente leyeron en un periódico que alguien liquidaba una partida de tacones para zapatos en Charleston. Buscaron un comprador en Tampa y cuando lo tuvieron seguro se decidieron a realizar la operación. Ganaron ochocientos dólares. Luego en Tampa se dedicaron durante tres meses a comprar esponjas. Ganaron cuatro mil en dos meses y tuvieron la suerte de retirarse cuando vino el mal tiempo. Finalmente se quedaron con una casucha en Indian Rocks y la transformaron en el Oasis. Invirtieron hasta el último dólar. Al principio no les fueron las cosas bien, pero no se abatieron y poco a poco levantaron cabeza hasta convertirlo en un saneado negocio.

La clase de francés había terminado. La cinta siguió deslizándose sin producir sonido alguno.

¿Qué le había pasado a Bryce dos meses atrás? La cosa fue súbita. Empezó a ausentarse del Oasis y cada vez sus ausencias fueron más duraderas.

De pronto una voz dijo:

—Hola, Bryce.

Sintió un estremecimiento y observó el magnetofón. La voz había partido de allí.

—Estás deliciosa, nena. Ese modelo te sienta a las mil maravillas.

Era la voz de Bryce.

Dio dos pasos hacia la mesa sobre la que descansaba el magnetofón y se cogió al borde observando el paso de la cinta.

—¿Me quieres, Bryce?

—Sí.

—¿Después de lo que te conté anoche?

—Más que antes.

—Oh, querido.

Transcurrieron unos segundos.

—¿Me dejas respirar un poco, Bryce?

—Desde luego.

—¿No está tu socio por ahí?

—Está en el bar.

—¿No hay peligro de que venga?

—Le dije que me dolía la cabeza. Descuida, no nos molestará.

¿Has traído eso, nena? —Sí, pero quiero que te decidas antes.

—¿A qué?

—A partir de ahora me tendrás en tu poder, Bryce. Quiero que juegues limpio conmigo.

—Me tienes loco, nena, y tú lo sabes.

—Lo que hay dentro de este paquete puede hacer a uno millonario. Quizá sientas la tentación de serlo tú solo.

—No, Susan. Quiero ser millonario contigo.

—Eso suena mejor.

A continuación se oyó el ruido que producía la mujer al deshacer el paquete.

—Aquí las tienes, Bryce.

—No entiendo mucho de eso.

—Son verdaderas obras de arte.

—Sí, parece que sí.

—¿Dónde las vas a esconder?

—Las tendré aquí esta noche y mientras tanto pensaré en alguna cosa.

—Cuanto menos tiempo estén aquí, será mejor para ti.

—¿Por qué?

—Es peligroso. Tres hombres han muerto por poseerlas.

—Quedamos en que nadie conoce nuestra relación, Susan.

—Eso es lo que yo digo, pero puedo equivocarme.

—¿Te ha seguido alguien?

—No creo, pero de todas formas debes asegurarte, Bryce. Hablemos de otra cosa. ¿Cuándo nos vamos?

—Dentro de unos días.

—¿Por qué no ahora o mañana?

—Está Don, no puedo despedirme de él así como así.

—Es un palurdo. Al diablo con él.

—No me gusta que hables así de Don. Es un gran muchacho. Los dos nos estimamos.

—Está bien, lo puedes contratar como niñera. Anda, dile que venga con nosotros.

—Dame un poco de tiempo. Sé que a Don le sentará muy mal y además tendrá que solicitar un préstamo para liquidar mi parte en el negocio.

—¿Es solo por eso?… ¡Ojalá no hubiese pensado en ti!

—Vamos, nena, no digas esas cosas. Tú misma has dicho que necesitas dinero. Don nos lo proporcionará cuando liquide mi participación.

—Está bien, sal de aquí y enfréntate con él ahora. Dile que estás harto de este maldito nido de ratas.

—No es un nido de ratas, Susan.

—Oh, no, es un palacio. ¿Te gusta más así?

—¿Quieres ser un poco más comprensiva?

—Me voy ya. Será mejor que te deje solo.

—Dijiste que te quedarías.

—Prefiero que vengas tú a mí casa.

—Muy bien, iré mañana por la noche.

—Ha de ser por la mañana.

—Tengo trabajo, Susan.

—Está bien, si tú lo tienes, yo también lo tendré. Siempre habrá alguien que quiera pasar un rato conmigo.

—¿Cómo dices eso, Susan?

—No voy a estar todo el día esperándote aburrida. Me destroza los nervios.

—De acuerdo, iré por la mañana.

Siguió un taconeo.

—A ver si mañana estás de mejor humor, Susan.

—Eso dependerá de ti. Habla esta noche con tu socio.

—Esperaré unos días. Esta mañana pregunté por su cuenta en el Banco. No tiene más que dos mil dólares.

—Que pida un préstamo. Tú lo dijiste antes.

—Está bien, Susan. Déjalo de mí cuenta.

—Como quieras. Y recuérdalo, ha de ser mañana por la mañana.

—Sí, nena.

Luego sonó un portazo y finalmente la cinta se deslizó sin producir ningún sonido.

Don desconectó el aparato y volvió a dejar en el armario. Luego cogió todas las prendas que había dejado sobre la cama y las volvió a colocar en las perchas.

Encendió un cigarrillo y se puso a pensar. Había una cosa clara. Bryce había grabado intencionadamente el diálogo y aquella mujer, Susan, no se había dado cuenta de ello, de lo contrario ella habría hecho alguna pregunta acerca del magnetofón. El mismo hecho de

la presencia del aparato grabador en el armario ratificaba su idea.

Fue a la puerta y llamó a Joe.

El empleado se acercó andando indolentemente, conforme a su costumbre.

—Pasa. Quiero hablar contigo.

Joe entró en la habitación.

Don se metió las manos en los bolsillos observando fijamente a Joe.

—Háblame de la chica de Bryce.

—¿De la chica de Bryce?

—Su nombre es Susan.

—Bryce no trajo nunca una chica, patrón.

—Escucha, Joe. Si él te dijo que no me hablases acerca de ello, ahora esa promesa no sirve para nada. Bryce está muerto.

—Le juro que no conozco a esa mujer, Don. Bryce corrió aventuras con alguna mujer que se alojaba aquí, pero nunca se enredó con una de ellas por más de un par de días. Don supo que Joe le decía la verdad.

—¿Ocurre alguna cosa, patrón?

—No, nada. Vuelve al mostrador y perdona lo de antes.

Joe sonrió.

—No se preocupe. No se lo tomé en cuenta.

Don sacudió la cabeza y Joe se marchó.

Nancy estaba en lo cierto. Por aquello que Susan había entregado a Bryce habían muerto tres hombres. Ben Schulz, Max Oboler y Ellis White, pero después de la grabación habían perdido la vida otros dos, el propio Bryce y Tommy Keatte.

Se tendió en el lecho y permaneció durante una hora sumido en sus pensamientos.

De pronto el timbre del teléfono empezó a repicar. Don se levantó y cogió el auricular.

—¿Don?

—Sí.

—Habla Nancy Dolí. Me encuentro en Punta Dorada, un lugar de Tarpon Springs.

—¿Ha dado con algo?

—¿Lo dudaba?

—Suéltelo de una vez.

—Bryce tenía una amiguita en Tarpon Springs, y tengo cerca de mí a una persona que me puede informar acerca de ella. ¿Puede venir?

—Sí, creo que sí.

—Lo espero en el bar Indian Village.

—De acuerdo. Estaré ahí dentro de media hora.

Luego colgó y salió por la puerta de atrás.

Veintisiete minutos más tarde detenía su coche ante el bar Indian Village.

Nancy estaba dentro, sentada en una mesa en compañía de una mujer de imponente aspecto. Debía pesar los ochenta kilos.

—Le presento a Don Benet, Ana —dijo Nancy.

Don hizo una inclinación de cabeza mientras era observado por Ana.

Nancy lo puso al corriente.

—Ana dice que en el departamento de arriba de su casa ha estado viviendo una rubia cosa de un par de meses. Bryce la ha visitado con frecuencia, especialmente durante las últimas semanas.

—¿Quiere decir que esa mujer ya no vive allí? —preguntó Don.

—No, se marchó —contestó Ana.

—¿Cuándo?

—La vi bajar con la valija hace un par de días. Ya no regresó.

—¿Cómo era?

—No estaba mal, aunque no crea que es la única. Yo hace diez años le daba ciento y raya a ella.

—No lo dudo —asintió Don—. ¿Qué me puede decir de esa Susan?

—Era muy reservada. Desde el primer momento me di cuenta de que ella y yo no simpatizaríamos.

—¿Recibió en su apartamento a otro hombre además de Bryce?

—En una ocasión la vi con otro, pero no tuve tiempo de fijarme en él. Ellos viajaban en un coche y yo iba a mis cosas por la calle, ya me entiende.

—¿No recuerda nada más?

—No. Ya le he dicho a la periodista que Susan y yo no nos relacionamos.

—Gracias, Ana —dijo Don y le alargó un billete de cinco dólares.

La mujer lo hizo desaparecer en las profundidades de su escote. Luego Nancy y Don se levantaron y salieron a la calle.

Don se enfrentó con la joven.

—¿Cómo dio con ella?

—Pregunté a un motorista, a uno de esos policías patrulleros. Se llama Gleen Lamas. Conocía a Bryce y lo había visto a veces entrar en la casa. Está a espaldas del bar. Pregunté en los departamentos hasta que encontré a Ana con ganas de hablar.

—Usted acertó, Nancy. Bryce está relacionado con la muerte de los tres hombres.

—¿Cómo lo sabe?

Don le contó el hallazgo del magnetofón propiedad de Bryce en su armario. Cuando hubo terminado, la joven exclamó:

—Hemos de encontrar a esa Susan.

—Sí, y se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Creo que su carnet valdrá para este caso. Vaya a Tampa y pregunte en las estaciones de autobuses, del ferrocarril, sin olvidar el aeropuerto.

—Creo que va a ser un poco complicado. También ha podido irse por mar.

—El Globo tendrá medios para poner a trabajar a unos cuantos hombres en el caso, a menos que el director crea oportuno comunicárselo a la policía.

—¿El director?… Oh, no. Sólo lo hará cuando sepa que les llevamos un poco de ventaja.

—Llámeme en cuanto sepa algo.

—¿Se va a quedar aquí?

—Sí, trataré de sacar alguna cosa más.

—De acuerdo, Don. Hasta luego.

La joven montó en su coche, un descapotable color crema, que puso inmediatamente en marcha.

Don la vio desaparecer y entonces se sentó ante el volante de su coche, fumó un cigarrillo y en ello invirtió diez minutos.

Luego partió iniciando el viaje de regreso a Indian Rocks.

Dejó el automóvil en la playa de estacionamiento, frente al Oasis y se introdujo en el bar.

Otra vez estaba junto a la gramola el hombre del sombrero de

paja. Se fijó más en él. Tendría unos treinta y cinco años. El color de su rostro era cetrino y las facciones muy angulosas. Había elegido la pieza interpretada por Eddie Calvert, Más allá de Mombasa.

Don se acercó.

—¿Le gusta, amigo?

El otro fijó los ojos en él sin dejar de llevar el ritmo con el pie.

—Eddie Calvert es un gran trompetista.

—¿Vino solo por oír a Eddie?

—Sólo por eso… y por el whisky —señaló un vaso que estaba medio lleno sobre la mesa—. Triple ración.

—Tenga cuidado —dijo Don.

—¿Por qué he de tenerlo?

—Él whisky tomado a esas dosis puede marear.

—Soy un tipo que aguanta mucho. No sabe cuánto.

Don observó la parte de la chaqueta que había bajo su axila.

El desconocido se levantaba unas pulgadas y bajaba, llevando el ritmo, y cada vez que hacía eso la parte de la chaqueta bajo la axila hacía una extraña arruga. Debía llevar una pistola con la funda colgando del hombro.

Don giró sobre sus talones y pasó al mostrador. Había una docena de clientes en las mesas y otros tres en los taburetes. Joe sudaba copiosamente.

—Lo siento, Joe. Luego te echaré una mano.

—No se preocupe, patrón. Me basto solo.

Don salió por la puerta trasera y se encaminó al departamento número cinco.

CAPÍTULO VIII

Intentó abrir por sí mismo, pero la puerta estaba cerrada con llave, y golpeó con los nudillos.

Le abrió la rubia, que se cubría con la blusa roja y la falda gris.

—Hola, querido —dijo—. Pasa.

Don cerró a sus espaldas y las apoyó en la hoja.

Ella sonrió.

—Empezaba a creer que te habías olvidado de mí.

—No, no podía olvidarte, Susan.

—¿Susan? Oh, Don, ya te has olvidado de mí nombre.

—No, Susan.

—Soy Ivette.

—Me gusta más el otro, el que usabas con Bryce.

—¿De qué estás hablando, querido? ¿Es que te has puesto a beber?

—Me refiero a Bryce Martin, a mí socio.

—Y yo te he dicho que no lo conocía.

—No te sirve, nena. Estoy enterado de casi todo y quiero que tú me informes del resto.

—El golpe que te propinó George te ha dejado mal.

—Ya basta. Soy Don, ricura, el palurdo, el que debía de pagar su participación a Bryce para que se pudiese marchar contigo. Tú y él os ibais a convertir en millonarios…

La rubia abrió más los ojos. Fue a decir algo, pero se interrumpió.

—¿Te das cuenta ahora, nena? —dijo Don.

Los ojos de la joven reverberaron furiosos y su pecho se agitó tempestuosamente.

—¿Quién te ha hablado?…

—Una voz de ultratumba.

—Déjate de historias. ¿Quién te ha dado el soplo?

—Bryce hizo una grabación del diálogo que entablasteis cuando viniste aquí a entregarle la mercancía.

—Muy bien. Tú ganas, Don. ¿Dónde está?

—¿El qué?

—Sabes muy bien el qué.

—Ya comprendo. Viniste por eso y todo ha estado a punto de salirte bien. Te bastó con hacer unos cuantos arrumacos de gata y el palurdo cayó en el cepo.

—Dejemos eso, ¿quieres?

—Sí. Dejémoslo. Al menos, de momento.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está el qué?

—¿Otra vez?… ¡Maldita sea!… ¡Lo que le entregué a Bryce!

—No lo sé.

—¡Y un cuerno! ¡Tú lo mataste para quitárselo!

—¿Yo?

—No soy de la policía, Don. A mí no me puedes engañar. Yo sé bien que lo que tenía.

Bryce era motivo suficiente para que un hombre se atreviese a matar a su mejor amigo.

—No lo maté, nena.

—Claro que no, fue el coche, pero ¿quién averió el coche? ¡Anda, dímelo!

—Yo no.

—¡Acabemos de una vez! ¡Las planchas son mías!

—¿Las planchas? —Don hizo una pausa—. Así que ya está todo claro. ¿Planchas de billetes?

—Sí.

—Y las hizo Ben Schulz el pintor, el copista.

—Sí.

—Y por la posesión de esas planchas os estáis matando.

—Eres muy listo. Ahora me vas a decir dónde están.

—Lo ignoro.

—¿Quieres convencerme de que liquidaste a Bryce sin enterarte primero dónde había guardado las planchas?

—Eres un poco terca, nena. Ya te he dicho que no tengo nada que ver con su muerte. Martin murió de un accidenté o asesinado por otra persona y tu emponzoñado cerebro ha hecho lo demás

admitiendo que yo lo quité de en medio para apoderarme de las planchas.

—Hablemos claro, Don.

—Hablemos claro. Asesinaste a Tommy Keatte.

—Te equivocas.

—No me lo negarás dos veces, nena.

—Déjame que te lo explique y lo comprenderás.

—Está bien. Quiero conocer hasta dónde puede llegar tu imaginación.

—Lo puedes creer o no. Es asunto tuyo —la rubia hizo una pausa—. ¿Has oído alguna vez hablar de un individuo llamado Mort Tobey?

—Sí, creo que sí. Un tipo de altos vuelos en Nueva York.

—El mismo. Controla el ochenta por ciento de las faenas sucias que se cometen en el Este.

—¿Qué tiene que ver Mort Tobey con las planchas?

—Él fue quien contrató a Ben Schulz para que las hiciese. Ben Schulz superó todas las esperanzas que se habían puesto en él. Utilizó como modelo billetes de cinco y diez dólares y sus planchas resultaron maravillosas.

—Continúa.

—Yo me enteré de todo por Clyde Barlow.

—¿Clyde Barlow?

—Él era el brazo derecho de Mort Tobey y yo era la amiga de Clyde.

—Creí que eras una pobre secretaria, celosa guardián de tus encantos.

—Déjate de historias —la rubia hablaba con desparpajo—. Clyde me habló de las planchas y fue entonces cuando se me metió una idea entre ceja y ceja. Conseguí que Clyde se interesase en el negocio. Naturalmente, lo íbamos a hacer él y yo a solas. Todo consistía en robarle las planchas a Schulz y en desaparecer de Nueva York, lejos del alcance de Mort Tobey, pero cuando Clyde trató de limpiar los grabados, resulta que ya se los habían llevado.

—Todos erais muy honrados. Por lo visto solo se trataba de quién engañaba a quién.

—Sí, muchacho. Era eso. Simplemente un juego de habilidad.

—¿Y quién fue el ladrón más listo?

—Max Oboler y Ellis White, antiguos compañeros de Ben Schulz.

—Un estafador y un traficante de drogas.

—Ya veo que estás enterado.

—Pero me faltan muchos detalles. Prosigue.

—Al parecer, Ben Schulz se había ido de la lengua con sus amigos y estos decidieron dejarlo en la estacada. Cuando Ben Schulz se dio cuenta de que le habían robado las planchas, salió huyendo porque tuvo miedo al castigo que le impondría Mort Tobey. El muy estúpido no comprendió que Tobey creería que trataba de burlarlo llevándose las planchas y eso fue justo lo que ocurrió. Los pandilleros de Mort Tobey dieron alcance a Ben Schulz y lo retiraron de la circulación.

—Eso fue en Raleigh, Carolina del Norte.

La joven frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Una chica periodista y yo llegamos a un acuerdo para desenterrar el asunto.

—¿Es mona ella?

—¿Sólo te preocupa eso?

—Vete al diablo. ¿Dónde estábamos?

—Ben Schulz ya no existe.

—Oh, sí. Naturalmente, Clyde y yo nos pusimos en movimiento, aunque Clyde aparentaba seguir instrucciones de Mort Tobey. Clyde encontró a uno de los ladrones, a Max Oboler en un hotel de Daytona Beach, pero resultó que él no tenía las planchas.

—Y eso irritó tanto a Clyde que pegó cuatro tiros a Oboler.

—Sí —entre las dos cejas de la joven apareció un fruncimiento —. Parece que esa periodista es muy inteligente, tendré que ocuparme de ella.

Don apretó los dientes.

—Por fortuna para ella, yo me estoy ocupando de ti.

Susan soltó una carcajada.

—Qué gracioso eres, rico.

—Sigamos con lo nuestro.

—Estuvimos a punto de cazar a Ellis White en Miami, pero se nos escapó por un par de minutos. El hombre estaba desesperado y finalmente lo acorralamos en Key Largo, Clyde le quitó las planchas a Ellis.

—Y naturalmente, para que no se fuese de la lengua, puesto que Clyde iba a usufructuar las planchas en beneficio propio, lo liquidó.

—Correcta la contestación —exclamó la rubia—. Acaba de ganar usted los veinticinco dólares y la batería de cocina.

—Me gusta que te hayas quitado la careta, nena. Eres lo más cínico que he conocido con forma de mujer.

—Ahora te gusta la periodista, ¿eh, Don?

—Creo que ya sé lo que ocurrió después.

—¿Sí? Cuéntelo, abuelito.

—Vosotros sabíais que los hombres de Mort Tobey os estaban pisando los talones. Os sería muy difícil salir del estado de Florida con las planchas encima. Los gorilas de Mort Tobey os darían caza antes. Entonces a Clyde se le ocurrió una idea, darte a ti las planchas. Te esconderías en alguna parte y dejarías correr el tiempo. Naturalmente, mientras tanto, Clyde daría razones a Mort Tobey.

—Maravilloso.

—Te dejaste caer por Tampa y alquilaste un departamento en Tarpon Springs. Eso me hace recordar que allí te llamabas Susan. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Venus. En realidad mi nombre es Fabricia Venus, pero prefiero el segundo —ella sonrió y echó la mano atrás cogiéndose el cabello de la nuca—. ¿No me está bien el nombre, querido?

Don la midió de pies a cabeza. Seguía siendo una mujer hermosa aun cuando hubiese resultado un demonio. La vida era así. Lo más bello es a veces lo más despreciable.

—Sí, Venus —concedió—. Te está muy bien el nombre. Entonces fue cuando conociste a Bryce. Te diste cuenta enseguida de que era un buen chico y que si lo conquistabas obtendrías beneficios de él. Tú eres demasiado conocida de los hombres de Mort Tobey. Quizá Clyde anunció que había reñido contigo, pero tarde o temprano Mort Tobey se ocuparía de ti al darse cuenta de que habías desaparecido al mismo tiempo que las planchas. Estar al lado de un hombre como Clyde Barlow significaba para ti que podrías saltar hecha pedazos por el aire en cualquier momento y, cuando tuviste a Bryce en el cesto, le hablaste por fin de las planchas. Él se mostró conforme y tú se las diste para que te las guardase.

—¿Ya está?

—Sólo falta el final. Bryce guardó las planchas tan bien que ninguno sabemos dónde están.

—¿Ninguno? —la rubia apretó los dientes y echó fuego por los ojos—. ¿Tú tampoco?

—¿Cuántas veces te he de decir que no lo sé?

—Quieres pegármela, ¿eh, muchacho? No podrás, Don. Piénsalo un poco mejor.

Don permaneció pensativo unos instantes. Luego dijo:

—Quizá me ablande un poco si me dices quién mató a Bryce.

—No puedo ayudarte a eso, muchacho. Yo no tuve intervención en ninguna de esas muertes y sigo pensando que te cargaste a tu socio y que tú eres el único que sabe dónde están las planchas.

La puerta del dormitorio se abrió y apareció George con una pistola en la mano. En su rostro, sobre el pómulo derecho, mostraba un trozo de esparadrapo.

Don miró el arma y dijo:

—Parece que le gustan las pistolas.

George se detuvo.

—Sí, muchacho. Me gustan las pistolas. Sirven para muchas cosas, especialmente para quitar del medio a los tipos que se ponen pesados.

La rabia puso los brazos en jarras y ladeó la cabeza.

—¿Sorprendido, Don?

—Ya nada me sorprende en ti.

—Este es Clyde Barlow.

Clyde sonrió enseñando los dientes.

—Tienes buenos puños, muchacho. Estás en deuda conmigo.

—Le dije que no regresase —repuso Don.

—¿Lo oyes, nena? El muchacho no se da cuenta todavía de que aquello fue una comedla. Dile que si hubiese querido no me hubiera tocado con sus zarpas.

Venus siguió ahuecándose el cabello por detrás.

—¿Qué dices ahora, Don?

—Lo mismo que antes. No sé dónde están las planchas.

Clyde Barlow dejó de sonreír.

—Esto es muy serio, muchacho.

—Lo supongo.

—Los hombres de Mort Tobey andan también detrás de la

mercancía. SI no hubiese sido por ti, quizá a estas horas estaríamos a salvo. Pero tu socio te habló de las planchas y tú te quisiste pasar de listo.

Don se pasó la mano por la frente. Clyde y Venus seguían pensando que él había matado a Bryce, lo cual quería decir que ellos no lo habían asesinado. Empezó a darse cuenta de lo que realmente había ocurrido. Los hombres de Mort Tobey estaban mucho más cerca de lo que Clyde y Venus suponían. El tipo del sombrero de paja que había fuera debía ser uno de ellos.

La rubia y Clyde eran un par de estúpidos al creer que lograrían escapar de Mort Tobey.

Eran tal para cual, dos tipos enfermos. Lo probaba el hecho de que hubiesen matado a Max Oboler y a Ellis White sin pestañear. Un par de ejemplares para un psiquiatra.

Oyó que hablaba Clyde.

—Tengo muy poca paciencia, muchacho y a ti te conviene soltar prenda. Sólo queremos las planchas y luego te dejaremos que vivas en paz con tu negocio.

Don tuvo una idea. No podía Insistir en que no conocía el paradero de las planchas. SI ellos llegaban a creerle, Clyde no vacilaría en hacerle un relleno de plomo.

—Muy bien —dijo—. Vosotros ganáis.

—¿Lo has oído, nena? —rio Clyde—. El muchacho entra en razón.

—Sabía que ocurriría tarde o temprano —dijo Venus.

—¿Dónde están? —preguntó Clyde.

—Lejos de aquí.

—¿Por qué?

—No podía tenerlas en casa. Sabía que se dejaría caer por el local la policía.

—Un chico muy precavido.

—No podía consentir que me pillasen con las manos en la masa.

—Claro que no —Clyde hizo una pausa—. Bien, muchacho. Vamos a Ir allá. Prepara tus cosas, nena. Nos largamos.

Venus dispuso su valija en un par de minutos.

Clyde se mantenía cerca de Don apuntándole siempre con la pistola. De pronto llamaron a la puerta.

—Patrón, ¿está ahí?

Era Joe. Don miró a Clyde, el cual, había endurecido sus facciones. Hizo una señal para que Don hablase.

—¿Qué quieres, Joe?

—Preguntan por usted al teléfono.

—¿Quién?

—Nancy.

Don miró otra vez a Clyde y este negó con la cabeza.

—No puedo salir ahora, Joe.

—¿Qué quiere que le diga?

—Yo la llamaré más tarde.

—Muy bien, patrón.

Los pasos de Joe se alejaron hacia el bar.

—¿Quién es Nancy? —preguntó Clyde.

Venus soltó una risita mientras se aproximaba con la maleta.

—Un nuevo amor del muchacho, una periodista de Tampa.

Clyde arrugó el entrecejo.

—De modo que es la periodista. Me había olvidado de ella. Escuché tras la puerta del dormitorio. Apuesto a que esa Nancy sabe mucho de lo nuestro.

—Nada —dijo Don.

—Te pusiste de acuerdo con ella para investigar y localizasteis el apartamento donde vivía Venus en Tarpon Springs.

—Eso no significa nada —dijo Don.

—Hay periodistas que son muy listos. Entre los dos establecisteis una relación de lo que pasó aquí con las muertes de Raleigh, Daytona Beach y Key Largo. Tendré que ocuparme de esa chica. Pero eso será después, cuando tengamos las planchas.

—No le tocará un pelo, Clyde.

Don hablaba por hablar. Ahora sabía que Clyde y Venus eran un par de carniceros. Ellos lo liquidarían y seguidamente se ocuparían de hacer lo mismo con Nancy Dolí.

Tenía que sacarlos de allí y librarse de ellos aprovechando cualquier coyuntura favorable.

—Andando, muchacho —dijo Clyde.

La rubia fue a abrir y de pronto Don saltó sobre ella y la empujó hacia Clyde. Este no se decidió a disparar.

Luego Don se movió muy aprisa y atrapó la muñeca armada de Clyde. La retorció con fuerza y el asesino soltó un grito de dolor.

Don le pegó con el dorso de la mano junto, a la oreja, pero Clyde se revolvió y le replicó con un puñetazo en el plexo solar.

Don siguió retorciendo la muñeca hasta que los dedos se abrieron y la pistola cayó al suelo. Luego soltó un zurdazo al estómago de Clyde y lo derribó al suelo.

Agachóse para coger el arma, pero vio que ya no estaba allí y que Venus la tenía en su poder.

—Quieto, chico, o te la ganas —dijo la rubia.

CAPÍTULO IX

—Dame esa arma, Venus —pidió Don.

Clyde se sujetaba el estómago con las manos dando vueltas sobre la alfombra, gimiendo de dolor.

Don apretó rabiosamente los dientes y dio un paso hacia la rubia.

—¿Es que no te acuerdas, nena? Tú y yo íbamos a hacer el negocio.

—Agua pasada. Aquello no iba en serio.

—Soy yo el que tengo las planchas.

—Las tendremos nosotros, Clyde y yo.

—¿Es que no te das cuenta de quién es Clyde? Él tenía, una pistola y yo estaba indefenso y lo he dejado inútil por unos minutos. Soy yo el tipo que te conviene.

—No, rico. Me demostraste que solo te interesas por ti mismo. Me repetiste una y otra vez que no sabías dónde tenías las planchas y vi algo en tus ojos que no me gustó. Es posible que seas más fuerte que Clyde, pero es él el que me conviene.

—No eliges bien.

—Correré el riego.

—Ya comprendo, te interesa más Clyde porque cuando no te sirva te lo cargarás.

—Cierra el pico ya.

Clyde se levantó respirando como un sapo, la boca muy alargada.

—Dame la pistola, nena —pidió con los ojos fijos en Don.

—No te la voy a dar —dijo ella.

—Dámela te digo. Quiero hacerle pagar lo que me ha hecho.

—Ya tendrás tiempo. Ahora hemos de ir a por lo nuestro.

Clyde sacudió la cabeza.

—Anda, muchacho —ordenó—. Abre la puerta.

Primero salió Don y luego sus dos verdugos.

Venus llevaba en una mano la valija y con la otra empuñaba la pistola.

Se dirigieron a la playa de estacionamiento.

Era una noche oscura. El firmamento estaba cubierto de nubes que se dirigían al golfo. Las olas rompían en la playa con fuerza. El aire olía a yodo.

Venus dio las órdenes.

—Yo conduciré, Clyde, y tú irás detrás con el muchacho. Te voy a dar la pistola, pero no hagas ninguna tontería. Recuerda que él nos va a llevar dónde están los millones.

—No te preocupes —dijo Clyde y cogió el arma que ella le alargaba.

Venus dejó su valija en el portaequipajes y ocupó el lugar ante el volante. Clyde hizo una señal a Don para que entrase en el asiento trasero y él lo hizo después, aplicándole el cañón del revólver en el riñón.

—Será mejor que no nos vengas con una de las tuyas, muchacho, o te juro que no llegas.

El motor del coche se puso a zumbar. Venus volvió la cabeza.

—¿Adónde vamos, rico?

—A Ozona.

Las ruedas del coche rodaron por la grava y algunos guijarros saltaron despedidos; pero luego, el convertible empezó a deslizarse suavemente por la carretera, alejándose del Oasis, en dirección a Tarpon Springs.

—Dobla a la izquierda —dijo Don cuando llegaron a una bifurcación.

Venus hizo girar el volante y condujo el coche por un camino vecinal. Como cosa de dos millas más allá frenó bruscamente.

—Maldito seas… ¿Es que quieres que nos matemos? Allá solo hay un acantilado.

—Una broma, ¿eh? —dijo Clyde y apretó más el cañón contra el cuerpo de Don.

—Hemos de descender —dijo el prisionero.

—¿Sí? ¿Y adonde hemos de ir? —preguntó Venus.

—Hay un camino que llega abajo. Al fondo hay una cabaña y un muelle.

—¿Es allí donde escondiste las planchas?

—Seguro que sí.

Venus se encogió de hombros.

—No sé si estás mintiendo. Palabra que no lo sé, pero será peor para ti.

—Anda, sal fuera —ordenó Clyde.

Primero descendió Venus y se quedó con los brazos en jarras observando a Don.

Este quedó mirando al mar.

Clyde se puso a su lado y le aplicó el revólver en la espina dorsal.

—Ves delante, muchacho y procura no caerte porque sería lo último que te ocurra en este mundo.

Echaron a andar. Había un pequeño sendero que conducía abajo. Distinguieron enseguida la cabaña porque por una de las ventanas se filtraba la luz.

Don soltó una maldición para sus adentros. Sabía que Jeff Lamb tenía por costumbre dormir en Tarpon Spring, en casa de su hermana. Por nada del mundo lo hubiese complicado en aquel sucio asunto, pero ahora no podía hacer marcha atrás.

—Párate un momento —ordenó Clyde—. ¿De quién es la cabaña?

—De un viejo pescador de esponjas.

—¿Está él solo?

—Sí, solo.

—¿Es tu cómplice?

—No.

—¿Y dónde están las planchas?

Don observó la pequeña caleta. Era justo donde Lamb había visto a Bryce bañándose en dos ocasiones. Había pensado mucho en ello antes de decidirse a ir allí y estaba dispuesto a apostar a que las planchas descansaban en el fondo de la pequeña bahía.

—Están bajo el agua —dijo.

—Maldita sea… ¿Bajo el agua? ¿Me vas a decir que las tiraste ahí dentro?

—Sí.

—¿Lo has oído, nena? El muy estúpido las arrojó al mar. El agua las habrá arruinado.

—No tiene que preocuparse —repuso Don—. Me aseguré de que el agua no les haría daño.

Venus soltó una risita.

—Claro, debe ser así, Clyde. Don es un chico muy juicioso.

Siguieron descendiendo hacia la cabaña y detuviéronse ante la puerta.

—Abre, nena —dijo Clyde.

Venus hizo girar el tirador y dio un empujón a la puerta abriéndola de par en par.

Jeff Lamb estaba sentado a una mesa, leyendo una revista a la luz de una lámpara de petróleo que pendía del techo.

La rubia entró primero y luego lo hizo Don a una señal de Clyde.

Jeff Lamb empezó a levantarse de la silla.

—Quédese quieto, abuelo —dijo Clyde.

Jeff Lamb parpadeó observando a Don.

—¿Qué significa esto, muchacho?

Clyde se echó a reír.

—Mire lo que tengo en la mano, abuelo, y empezará a comprender algo.

Den se mojó el labio inferior con la lengua.

—Lo siento, Jeff. Pensé que no estarías aquí.

El pescador de esponjas carraspeó suavemente.

—Guarde esa pistola, hijo —declaró mirando a Clyde—. En este barrio no nos gustan las armas de fuego.

—¿Lo oíste, nena? —retrucó Clyde—. El abuelo nos ha salido filósofo.

—Me preocupa otra cosa —dijo Venus—. Si es cierto que el muchacho arrojó las planchas al mar… ¿cómo vamos a dar con ellas?

Clyde se rascó la nuca con la mano libre.

—Sí, es un problema —se interrumpió y sus labios se volvieron a distender en una sonrisa—. Apuesto a que doy con la solución. ¿No se nota que ellos son amigos?

—Sí —convino Venus.

—Pues entonces está claro. El muchacho buceará para encontrar las planchas, pero no le daremos mucho tiempo. Con diez minutos tendrá bastante y si no aparece con la mercancía nos cargamos al viejo.

Don saltó.

—Les he dicho que él no tiene nada que ver con el negocio.

—Te creemos, muchacho, claro que te creemos —repuso Clyde —. Pero es la única forma en que te darás prisa por ayudarnos.

—No te preocupes por mí, Don —dijo Lamb.

Don hizo una mueca. Lo de que las planchas estuviesen en el fondo de la caleta podía ser solo una suposición suya. ¿Y si no estaban? Se había preparado para morir desde el momento en que salió del Oasis. Sólo un milagro podía salvarlo. Pero no había contado con qué Jeff Lamb quedase atrapado en aquella maraña.

—Anda, quítate la ropa, muchacho —ordenó Clyde—. Llegó la hora del baño.

Don se quedó quieto y Venus se puso a reír.

—Tiene vergüenza, eso es lo que le pasa. ¿No ves que hay una dama delante?

—¿Dónde está la dama? —preguntó Don.

Venus le pegó con el dorso de la mano en la cara y Don quiso cogerla por la muñeca, pero esta vez Clyde estaba preparado.

—Quieto, chico, o te la ganas.

Don hizo un gesto afirmativo.

—¿Tienes un bañador por ahí, Jeff?

—Sí, creo que sí. Iré por él.

—Usted no Irá —dijo rápidamente Clyde—. Diga dónde está el bañador a la chica y ella nos lo traerá.

Jeff, que había empezado a andar, se detuvo. Meditó unos Instantes y finalmente dijo:

—Lo encontrará en la puerta del fondo.

Venus fue a por el bañador y lo trajo. Era un slip. Lo arrojó sobre el pecho de Don mientras decía:

—No te preocupes por mí. Me pondré de espaldas.

Don se desvistió y colocóse el slip. Venus permaneció todo el rato cara a la pared.



Disparó desde la ventana, pero...

Clyde miró a Jeff Lamb.

—¿Espera visita, abuelo?

—No, aquí no viene nadie.

—Rece porque así sea —observó a Don—. Ya estás listo, muchacho.

Venus dio media vuelta y observó a Don.

—Caramba, podrías trabajar en el cine, rico.

Don no hizo ningún comentarlo y se dispuso a salir.

—Tú también, abuelo —dijo Clyde.

Jeff Lamb fue detrás de Don. Caminaron hacia el muelle, a uno de cuyos lados estaba atracada la barca del viejo. El lugar estaba muy resguardado y las olas rompían muy débilmente.

—Ya puedes tirarte, muchacho —dijo Clyde— Y será mejor que te acuerdes de eso. Tú puedes escapar, orirá.

Don observó unos Instantes a Jeff y luego repuso:

—Jugaré limpio.

—Tírate ya.

Don se arrojó al agua y aprovechó el Impulso para bucear. Había muy poca profundidad y no vio nada sospechoso en el fondo. Volvió arriba para llenar los pulmones de oxígeno.

—¿No lo has encontrado? —preguntó Clyde.

—Lo arrojé más adentro —exclamó él y se puso a nadar.

Inspiró profundamente y se sumergió otra vez.

Recorrió un área de cinco metros sin encontrar nada y tuvo que volver a la superficie.

—¿Qué te pasa, muchacho? —oyó que decía Clyde—. ¿Es que has perdido la memoria?

—Tenían que estar aquí —repuso Don.

—Sal otra vez sin nada y te la ganas. Te juro que te la ganas.

Sumergióse por tercera vez un poco a la derecha, pero tampoco encontró lo que buscaba. Había imaginado que Bryce habría metido las planchas en una bolsa de plástico para preservarlas del agua del mar y que la bolsa tendría que permanecer fija por el propio peso de las grabaciones. En el peor de los casos, Bryce se habría asegurado de que el poco movimiento del mar en aquel lugar, sería incapaz de desplazar la mercancía, para cuando fuese otra vez a recogerla.

A punto de ahogarse, empezó a ascender. En eso oyó un disparo, asomó la cabeza y oyó gritar a Venus:

—¡Vuelva aquí, abuelo!

—Apártate, nena… Lo balearé.

—No lo has acertado.

Don vio cómo el viejo desaparecía detrás de la cabaña y entonces tomó impulso y desapareció de la superficie. Justo cuando lo hacía escuchó la voz de Venus.

—¡El muchacho también se nos escapa!

Siguió un estampido y una bala hizo un glu-glu en el agua, pero por fortuna no lo alcanzó.

Se puso a bucear hacia el promontorio que había a la derecha de la caleta. Los oídos le empezaron a zumbar y entonces subió arriba.

No le dispararon. Volvió la cabeza hacia el embarcadero y vio a Venus y a Clyde correr hacia el lugar por dónde había desaparecido el viejo.

Entonces Don ganó la orilla y se sentó descansando detrás de una roca. Su mente era un torbellino de ideas.

CAPÍTULO X

—Hola, Joe —saludó Nancy y se sentó en un taburete—. Dile a Don que salga.

Joe observó a la joven.

—Sigue en el departamento número cinco.

—La rubia, ¿eh?

—Trate de sacarlo de allí, le hará un favor.

Nancy le guiñó un ojo.

—Lo conseguiré aunque tenga que sacar los ojos a esa vampiresa.

La periodista se dirigió hacia la puerta del fondo por la que salló.

Acercóse al departamento número cinco y llamó con los nudillos.

—Telegrama para el señor Benet —anunció.

Del Interior no le llegó ningún ruido. Entonces puso la mano en el tirador y abrió la puerta pasando al Interior.

—¡Don! —llamó con voz fuerte.

No hubo ninguna respuesta.

Dio una vuelta por la sala y se Introdujo en el dormitorio. Entonces abandonó rápidamente aquel lugar y volvió otra vez al bar.

—No está —dijo a Joe.

El empleado arrugó el entrecejo.

—Me habló desde la otra parte de la puerta cuando fui a anunciarle que usted lo esperaba al teléfono. Fue hace poco más de media hora.

—Sin embargo se ha largado y, lo que es más extraño, parece que la rubia dejó el departamento para siempre. No he visto ninguna valija y las perchas estaban vacías sobre la cama.

—No puede haberse escapado con ella.

—¿Por qué no? La rubia le sorbió el seso.

—Sólo hizo que aprovechar su oportunidad. La muerte de Bryce ha afectado mucho a Don.

La puerta del local se abrió, dando paso a dos hombres. Uno era alto y andaba por los cuarenta años. Tenía un rostro bien parecido y sobre su labio superior mostraba un bigote celosamente cuidado. El otro era más bajo y por el aspecto de su cara parecía desconocer lo que era una sonrisa.

Se encaminaron hacia el tipo que se cubría la cabeza con un sombrero de paja y que estaba junto a la gramola escuchando un disco.

Nancy los siguió con la mirada.

—¿Quiénes son, Joe?

—Sólo conozco al tipo del sombrero. Llegó aquí ayer y ha permanecido casi todo el tiempo escuchando la música y bebiendo whisky. De vez en cuando se introducía en la cabina.

—Muy interesante. Creo que me voy a dar una vuelta por la ciudad. La policía se pondrá muy contenta si se entera de unas cuantas cosas.

—Puede telefonear desde aquí, señorita Dolí.

—No, prefiero hacerlo personalmente. Si regresase Don, dile que telefonee a El Globo. Sabrá noticias mías.

—De acuerdo, señorita Dolí. Le transmitiré su mensaje.

La joven salió del local y encaminóse a la playa de estacionamiento donde había dejado el convertible. Abrió la portezuela del volante para subir y en ese momento una mano surgió por detrás y la atrapó por el brazo.

Ella se volvió sobresaltada. Vio una cara alargada y unos labios gruesos que sonreían mostrando unos dientes mal alineados. El tipo tenía muchas arrugas en la frente. Se cubría con un traje de paño tropical y un sombrero de fieltro.

—¿Adónde vas, muñeca?

—Creo que se equivoca. Usted y yo no nos conocemos.

—Soy Tedd Chasse, ¿ves qué pronto está solucionado?

—Suélteme.

—Tú y yo nos vamos a divertir.

—Tengo mucha prisa. Otro día.

—¿Una cita con otro chico?

—El deber.

—Es una palabra muy fea. Una chica como tú solo debe preocuparse por pasarlo bien.

—Se me ocurre una idea, señor Chasse. Usted me espera aquí y antes de media hora, en cuanto le haya dado la papilla a mí tía enferma, me tiene otra vez a su lado.

Tedd Chasse sonrió.

—¿Es un truco, nena?

—Yo soy muy formal.

Se oyeron pasos. Tres hombres se acercaban a la playa de estacionamiento.

Nancy identificó al del sombrero de paja y a los dos fulanos que habían entrado últimamente en el bar. Una voz en su interior le dijo que la cosa marchaba mal.

Dio un tirón desasiéndose de la garra de Chasse y abrió rápidamente la portezuela de su coche, pero entonces Chasse la cerró con violencia.

—Te quedas, nena.

Nancy se giró furiosa.

—Déjeme tranquila o llamaré a la policía.

En ese instante una voz dijo:

—¿Quién habla de la policía?

Los tres hombres ya estaban allí. El que acababa de hablar era el más alto.

Chasse le dirigió una mirada.

—Es la periodista, señor Tobey.

Nancy vio unos ojos fijos en ella.

—¿Mort Tobey? —preguntó.

El tipo alto soltó una risita.

—Sí, pequeña. Mort Tobey.

Nancy se estremeció levemente. Sabía quién era Mort Tobey y su presencia en aquel lugar indicaba que el negocio en que ella y Don Benet estaban metidos era de envergadura.

—Oiga, señor Tobey —dijo tratando de no perder la serenidad —. Este hombre se ha puesto un poco pesado conmigo. ¿Quiere decirle que me deje en paz?

Mort Tobey sacudió la cabeza.

—Ya lo has oído. Déjala en paz, Tedd.

Instantáneamente Chasse se apartó.

Nancy dedicó una sonrisa a Tobey.

—Gracias. Es usted muy amable.

—Supongo que me lo agradecerá de algún modo, por ejemplo acompañándome.

Nancy se mordió el labio inferior nerviosamente. Su posición no había mejorado.

—¿Adónde? —preguntó.

—Es una pequeña fiesta que doy. Encontrará caras amigas.

Nancy se dijo que nada podía hacer de momento por librarse de los *gangsters*. Si no era complaciente se la llevarían por la fuerza. Podría sacar dividendos si daba su conformidad.

—Encantada, señor Tobey.

—Venga a mí coche.

El coche resultó ser un enorme sedan negro con capacidad para seis personas.

Tedd Chasse se puso al volante y a su lado se sentó el tipo que nunca sonreía. Nancy quedó atrás, entre Mort Tobey y el tipo del sombrero de paja.

El sedán abandonó la plaza de estacionamiento y echó a correr por el camino a Tarpon Springs, pero al llegar a una bifurcación cercana a Ozona. Tedd Chasse hizo girar el volante.

Un par de millas más allá se detuvieron.

Nancy vio que había un coche delante.

Saltaron todos fuera y en ese momento llegó un disparo procedente de la caleta que había abajo.

—¿Dónde está Leo? —preguntó Mort Tobey mirando a Chasse.

—Dijo que estaría cerca de la cabaña.

—Bien, vamos allá. Usted también, señorita Dolí.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo la joven.

—Qué chica tan entusiasta —sonrió Tobey.

Empezaron a bajar por un sendero. A la vanguardia iba el hombre serio y el del sombrero de paja, luego Mort Tobey, detrás Nancy y por último Tedd Chasse. Todos ellos a excepción de Mort Tobey, esgrimían una pistola.

De pronto sonó otro estampido y una bala aulló muy cerca del grupo. Este se disolvió y Nancy fue a parar detrás de un arbusto. No tuvo suerte porque Tedd Chasse se puso tan cerca de ella que le

soltaba la respiración en la nuca. Tobey chilló:

—¿Qué hace ahí abajo Leo…? ¡Maldita sea!… ¿Es que no se da cuenta el muy estúpido de que han hecho fuego contra nosotros?

Estaban a unas treinta yardas de la cabaña.

Siguió un gran silencio tan solo turbado por el pequeño oleaje del mar golpeando contra el embarcadero.

—Eh, Clyde —llamó Mort Tobey.

—¿Qué quieres, jefe? —llegó la respuesta desde la parte trasera de la cabaña.

—Siempre supe que me estabas haciendo traición, pero quise darte cuerda porque las planchas para mí era lo más importante.

—Siempre he dicho que yo tenía un jefe muy astuto.

—Vayamos al grano, Clyde.

—Muy bien, vayamos.

—Estás metido en una ratonera. No tienes escape, muchacho, ni tampoco lo tiene la gata rubia que te acompaña.

—Supongamos que yo admitiera eso.

—Nos entregarás las planchas y tú y ella podéis disfrutar de la vida.

—Es una oferta muy generosa, jefe.

—Tú sabes que te he apreciado, Clyde. Llegaste a ser el segundo de mí organización. Puse en ti el mismo cariño que en un hijo.

—De acuerdo, jefe. Vamos a hacer el negocio. Venga aquí a por las planchas.

—Muy bien. Allá voy.

Nancy escuchó un cuchicheo del lugar donde se encontraba Tobey y poco después, dos hombres se irguieron y echaron a andar camino de la cabaña. Cuando ya estaban muy cerca, por una de las esquinas brotaron dos fogonazos. Uno de los hombres lanzó un grito y se desplomó. El otro también aulló, pero dio un salto y buscó refugio entre los árboles.

—Maldito seas, Clyde —gritó Mort Tobey.

—¿Por qué no bajaste, jefe? —preguntó Clyde.

—Sabía que era una encerrona. Tú eres un reptil, Clyde, pero, ya te puedes ir preparando porque te voy a pisar la cabeza.

Clyde lanzó una risotada.

—Serena los nervios, jefe. Recuerda que el médico te lo aconsejó.

Mort Tobey soltó unos cuantos juramentos. Luego llamó en voz baja a Tedd. Este cogió a Nancy por el brazo.

—Vamos allá, pequeña.

—¿Es que quiere que me pegue un tiro?

—Por nada del mundo lo consentiría, ricura —rio cínicamente Chasse al tiempo que empujaba a la periodista.

Ella no tuvo más remedio que dejarse llevar. Cuando llegaron al lugar donde se encontraba Tobey, este miró a la joven.

—Te prometí que sería divertido, nena.

—Escuche, *boss* —dijo la joven—. Usted no va a ganar nada con esto, ¿por qué no se marcha?

—¿Has oído a la pequeña, Tedd? —rio Tobey—. Es partidaria de que nos marchemos.

—Usted nunca hizo caso de una mujer, ¿verdad, jefe?

—¿Lo has oído, nena? Tedd me acaba de recordar uno de mis principios. Nunca obedecí a una muñeca y palabra que me ha ido bien hasta ahora —miró a Tedd—. Anda, da la vuelta a la casa y atrapa a Clyde y ten cuidado con la gata rubia.

—No se preocupe, jefe —dijo Tedd y se puso en movimiento.

Se alejó hacia la derecha, entre los árboles, y ya no le pudieron ver.

Nancy quedó preocupada. Hasta entonces no había oído la voz de Don. Podía imaginar lo que había ocurrido. Aquel Clyde era un asesino despiadado e indudablemente lo habría matado. Al llegar a este punto de sus pensamientos, sintió que el corazón se le encogía.

Deseó con todas sus fuerzas que se equivocase. Don tenía que estar vivo y entonces comprendió, sin lugar a dudas, que por primera vez en su vida estaba realmente enamorada.

CAPÍTULO XI

Don ascendió por la ladera del promontorio. Se cubría solamente con el slip, y sus pies estaban desnudos. En un par de ocasiones pisó pequeños arbustos espinosos y se tuvo que contentar con maldecir por lo bajo. Tenía que darse prisa para no perder de vista a Jeff Lamb. Podía verlo trepar también hacia arriba por la parte trasera de la cabaña. Jeff huía como un gato asustado. Tenía que detenerlo para decirle que se llegase a Ozona para avisara la policía.

De pronto el viejo se detuvo. Don se dio más prisa y al llegar a donde había visto por última vez a Jeff, no encontró rastro de él.

Subió rápidamente a lo alto del promontorio y miró hacia abajo. Por aquella parte no había pinos y tenía que haber visto al viejo.

De pronto oyó un ruido un poco más abajo.

Don descendió. Ahora oyó una respiración jadeante. Encontróse a la entrada de una cueva.

Jeff estaba al fondo. Cavaba un hoyo con un pico: Una antorcha de pez humeaba en la abertura de una roca.

Don dio unos pasos hacia dentro y Jeff detuvo el movimiento de sus brazos y levantó rápidamente la cabeza.

—Hola, Jeff —saludó Don.

—Conseguiste escapar, ¿eh, muchacho? —repuso el viejo.

—Los dos tuvimos suerte. ¿Qué es lo que buscas, Jeff?

—Nada de importancia.

—¿El qué?

—Encontré unas cuantas monedas de oro, ¿sabes? Fue hace cosa de seis meses. Desde pequeño oí que esta costa era refugio de piratas.

—Y las escondiste, ¿eh, Jeff?

—Claro que sí. Tú ya sabes que no me gusta el jaleo. Hubiesen venido los periodistas a preguntarme y también cabía la posibilidad de que encontrase más monedas. Si la noticia hubiese aparecido en

los diarios, habrían venido aquí todos los pescadores de esponjas del golfo.

—Seguro que sí, Jeff.

—Esos tipos casi estuvieron a punto de liquidarme, pero no lo consiguieron. Ahora cogeré mis monedas de oro y me largaré.

—¿A avisar a la policía?

Jeff se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Naturalmente, es lo que pensaba hacer, avisar a la policía, pero ya que estás aquí se me ocurre una idea mejor.

—¿El qué, Jeff?

—Yo soy un hombre cansado, apenas he podido subir aquí.

—Sí, Jeff. Estás muy cansado.

—¿Por qué no vas tú a Ozona?

—¿Y qué harás tú entretanto?

—Te esperaré, naturalmente.

—Muy bien, pero antes quiero echar un vistazo a esas monedas.

—Ya las verás luego. Ahora lo importante es que la policía cace a esos tipos.

—¿Y si escapan mientras voy a Ozona?

—Estarán entretenidos. No te preocupes, no se escaparán.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Desde lo alto del promontorio, vi llegar hace un rato otro automóvil y de él bajaron unas cuantas personas. Había una chica entre ellas.

—¿Una chica? —Don sintió un escalofrío en la espina dorsal.

En ese instante se oyeron dos estampidos procedentes de la cabaña a los que siguieron otros tantos aullidos.

—¿Lo ves, Don? —dijo Jeff—. Se están baleando. Anda, si te das prisa, la policía podrá llegar a tiempo.

—Está bien, Jeff, pero quiero las planchas.

—¿Las planchas?

—Sí, las grabaciones de billetes de cinco y de diez dólares.

—No sé de qué me hablas, muchacho.

—Lo sabes perfectamente. Apuesto a que ayer mismo, después que nos encontramos en la carretera, sacaste tus propias conclusiones. ¿Qué hacía Bryce Martin bañándose en tu bahía? Era algo muy extraño en él. Empezaste a pensar y probaste suerte. Te sumergiste en el lugar donde viste a Bryce y encontraste las

planchas.

Hubo un silencio.

—De acuerdo, Don. Fue así.

—No puedes hacer uso de ellas.

—Eso es cuenta mía.

—Vamos, Jeff. Ten un poco de sentido común, lo que intentas hacer es contrario a la ley.

—Eso no cambia nada.

—Tú solo eres un pescador de esponjas, Jeff, no un falsificador.

—Estoy cansado de ser un pescador de esponjas. Apártate de mí camino, Don.

—No puedo hacerlo.

—He sentido aprecio por ti, muchacho. No lo estropees ahora.

—Tienes que darme esas planchas.

—¿Para qué?

—Quiero entregarlas a la policía.

—No, Don. Yo encontré las planchas. Fueron depositadas en mi bahía, me pertenecen a mí y me las voy a quedar.

Don dio dos pasos hacia el viejo.

Pero de pronto este se echó sobre una roca y cogió un rifle con el que apuntó al joven.

—Quieto, chico.

—¿Qué vas a hacer, Jeff?

—Te voy a volar la cabeza.

Don tragó saliva.

—Aparta ese rifle, Jeff.

—Debiste dejar las cosas como estaban, Don. Tú ya tienes un buen negocio. No necesitabas falsificar billetes.

—Ya te he dicho que eso va a ir a parar a la policía.

—¿Esperas que me lo crea?

—Resulta sencillo. Las entregaremos juntos.

—No, muchacho. No vamos a entregar nada juntos. Ya te he dicho que esto me pertenece.

Don advirtió un brillo extraño en los ojos de Jeff Lamb. El viejo iba a disparar.

Saltó en el aire y justo cuando atrapó a Lamb por los hombros sonó un estampido. La bala chocó contra una roca.

Rodaron por el suelo. Don se dio cuenta de que Jeff a pesar de

sus años, conservaba pujante todo su vigor. Eso era natural en los hombres que vivían del mar.

—Date por vencido, Jeff —dijo entre jadeos.

—Maldito seas, muchacho… Te voy a matar… Te juro que te mataré.

Don dio un tirón del rifle y lo arrojó lejos, pero entonces las manos de Lamb hicieron presa en su cuello, y los dedos del pescador empezaron a apretar más y más.

Don quiso apartar aquellas garras de su garganta, pero Jeff estaba como loco.

—Te mataré, Don… No debiste venir aquí… Quiero tener mucho dinero y nadie lo va a impedir.

De pronto se dejó oír una voz que Don conocía muy bien.

—Quieto, viejo, o te parto por la mitad.

Las manos de Jeff dejaron de presionar en el cuello de Don y empezó a levantarse. A la entrada de la gruta estaba Venus. Empuñaba una pistola con la diestra.

Jeff y Don se incorporaron.

Los ojos de la joven se fijaron en el hoyo que el pescador de esponjas había estado haciendo con el pico.

—Conque están ahí, ¿eh? Y las había escondido el viejo.

Lamb soltó una maldición.

—¿Ves lo que has conseguido, muchacho? Ahora esta hija de perra va a ser quien haga el negocio.

—Tiene la lengua muy suelta, abuelo —dijo Venus—. Pero ya le queda poco. Coja ese pico y saque las planchas de una vez.

—No lo haré.

—Repita eso y me lo cargo.

Jeff vaciló todavía unos instantes, pero finalmente hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Echó a andar hacia el pico y lo cogió. Lo levantó al aire y lo dejó caer.

Don observó fijamente a la joven y esta se echó a reír.

—Ahora todo será para mí.

—No lograrás salir de aquí, Venus. Es una ratonera.

—Tengo una pistola y sé cómo se dispara. Los que me han visto aseguran que tengo muy buena puntería. Liquidaré a todo el que se me ponga por delante.

—¿También vas a matar a Clyde?

—No; a ese se lo cargará Mort Tobey. Le di el plantón abajo. Apuesto a que a estas horas ya lo han cazado.

—Y eso es bueno para ti, ¿verdad? Ha evitado que te manchases las manos de sangre.

—Eres muy listo, pero conmigo no te sirve de nada.

—Quiero hacerte una proposición.

—¿Cuál?

—Da la vuelta y lárgate. Es posible que puedas escapar. Con tu figura no te será difícil encontrar trabajo en donde te lo propongas y apuesto a que es con un buen sueldo. Conténtate con eso, nena.

La rubia meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, muchacho. Nada de sueldo. Quiero tener un «Cadillac», un abrigo de visón, una piscina y una casa donde pueda recibir a cincuenta personas al mismo tiempo y también quiero joyas. Y luego me casaré con el que me dé la gana.

—Eso es un sueño.

—Un sueño que yo voy a realizar con ayuda de esas planchas. ¿Te das cuenta? Para eso las quiero. No consentiré que nadie me las arrebate.

Jeff dejó de cavar con el pico.

—¿Ya están ahí, abuelo? —preguntó Venus.

—Sí.

—Don —dijo la rubia—. Sácalas tú mismo.

Don caminó hacia el hoyo. Se agachó, metió la mano y sacó la bolsa de plástico que contenía las planchas. Pesaba mucho.

—Echa la bolsa hacia acá —ordenó Venus.

En ese momento apareció Tedd Chasse por la entrada, de la gruta. Armó demasiado ruido. Venus se volvió e hizo fuego. Tedd lanzó un aullido y apretó también el gatillo de la pistola que tenía en la diestra. Venus soltó un chillido mientras dejaba caer el arma al suelo. Se miró la mano manchada de sangre, pero la bala solo había pasado por entre sus dedos, hiriéndoselos y arrebatándole el arma.

CAPÍTULO XII

Tedd Chasse se dobló hacía un lado y llevó la mano libre al costado, apoyándose en la roca que tenía cerca.

Don había dejado caer la bolsa de plástico al suelo y saltó hacia el rifle, pero la voz del hombre que se había convertido en dueño de la situación lo detuvo.

—Quieto, muchacho, o habrá otra bala para ti.

Todos quedaron quietos. Tedd Chasse hizo una mueca y se pasó la mano por la camisa retirándola llena de sangre.

—Fallaste por poco, rubia —dijo—. Pero me has hecho una buena quemadura.

—Ojalá te hubiese quemado las tripas —exclamó Venus.

—Es lo que yo haría contigo, pero el jefe me dijo que te llevase viva.

—Qué galante.

—Quizá él quiera dedicarte algún número especial.

Venus miró fijamente al *gangster*.

—¿Para qué necesitamos ir, Tedd? Tú y yo nos podemos arreglar bien. Las planchas serán solo para nosotros, para ti y para mí.

—¿Quién te crees que soy, nena? —rio Tedd—. Conmigo no cuela.

—¿Qué otra mujer vas a encontrar por ahí mejor que yo?

—No me interesa la mejor, nena. Yo soy un tipo que se conforma con una escoba con tal de que tenga faldas —desvió los ojos hacia Don—. Anda, muchacho, coge esa bolsa y empezad a desfilar. Primero tú, abuelo, luego la rubia, yo iré detrás de ti, muchacho. Al primero que se desmande le envío al infierno.

—¿Quién es la chica que está abajo? —preguntó Dan.

Tedd rio.

—Tu amiguita, muchacho.

Don se dio cuenta de que nada podría hacer mientras descendían

a la cabaña. Era evidente la intención De Mort Tobey y sus secuaces de liquidarlos a todos. No les importaría bañarse en sangre con tal de conseguir lo que ellos deseaban.

Venus tampoco hizo por escapar, quizá porque no quería separarse de ningún modo de lo que ella creía que le pertenecía.

El tipo del sombrero de paja esperaba junto a la puerta de la cabaña. También estaba herido, como lo demostraba la mancha de sangre que tenía en su chaqueta, a la altura del hombro.

Dirigió una mirada asesina a Venus.

—Todo esto te lo debemos a ti, pequeña.

—¿Y qué? —dijo ella, poniendo los brazos en jarras.

—Anda, pasa, que vas a recibir lo tuyo.

Todos entraron en la cabaña. Clyde estaba en el suelo. Tenía el cabello en desorden, un hematoma en el ojo derecho y por la comisura de los labios le escapaba un hilillo de sangre.

Mort Tobey golpeaba el puño derecho contra la otra mano.

—Anda, Clyde. Levántate.

—Ya tengo bastante, jefe.

—No lo tendrás hasta que te haga escupir todos los dientes.

La primera mirada de Don fue para Nancy Dolí. Estaba sentada en una silla, cerca del hogar. Sus ojos se encontraron y entonces ella distendió los labios en una sonrisa que encontró su respuesta en otra de Don.

Mort Tobey observó a Venus.

—Conque estás aquí, ¿eh, ricura? Al fin te he podido poner la mano encima.

—Está bien —contestó Venus con desparpajo—. Ya tienes las planchas. Déjame en paz, ahora.

Al oír lo de las planchas, Mort Tobey fijó la mirada en la bolsa que sostenía Don.

—Trae acá eso, muchacho.

Don alargó la bolsa. Dos pistolas lo siguieron en su camino. De buena gana hubiese golpeado con las planchas la cara de Mort, pero eso no hubiese servido para nada, porque Tedd y el del sombrero de paja lo habrían llenado de agujeros.

Mort Tobey cogió la bolsa, depositándola sobre la mesa.

—Tengo frío —dijo Don—. ¿Puedo vestirme?

—Puedes —respondió Mort Tobey—. Pero Bill te registrará las

ropas. No quiero que haya aquí ninguna sorpresa.

Bill, el del sombrero de paja, cogió las ropas de Don y buscó en los bolsillos y en los forros.

—No tiene ningún arma, jefe —anunció.

Don se fue a un rincón de la estancia y se puso a vestirse sin despojarse del bañador, que ya estaba seco. No se puso la chaqueta, colgándosela al brazo.

Cuando giró otra vez, vio a Mort Tobey observando las planchas.

—Son una maravilla, sí, señor. Os lo digo yo que entiendo de eso.

Tedd dio un suspiro.

—Nos ha costado bastante, Bill y yo estamos heridos, y Arthur y Leo no lo pueden contar.

Tobey levantó la mirada observando el rostro de sus prisioneros.

Clyde se había puesto en pie y apoyábase en la pared.

—Todos queréis las planchas, ¿eh? Todos queréis mucho dinero y eso es lo que os va a perder.

—No puedes matarme —dijo Venus.

—¿Quién dice que no?

—Algún amigo del viejo se dejará caer por aquí y cuando descubra el panteón, dará el soplo a la policía. Entonces, tus horas estarán contadas, Tobey.

Mort rio suavemente.

—Eres muy lista, nena, pero has tenido un fallo.

—¿Dónde está el fallo?

—Es posible que venga aquí algún amigo del viejo, pero no encontrará un panteón. No habrá un solo cadáver —el *boss* hizo una pausa—. Se me ocurrió una idea muy bonita cuando vi la barca del pescador. Os meteré a todos dentro, ¿sabes? Y luego la barca se irá al fondo del mar. ¿Te das cuenta, nena? Todo aquí quedará en orden.

Venus crispó las manos y fue a abalanzarse sobre Tobey, pero Tedd movió la pistola muy aprisa.

—Cálmate, rubia, o serás tú la primera en marcharte de este mundo.

Clyde Barlow carraspeó.

—Jefe.

—¿Qué quieres, Clyde?

—Reconozco que me dejé llevar por la ambición —casi estaba a punto de llorar—. Fue ella, ¿sabe?… solo ella.

—¡Maldito cobarde!… —exclamó Venus—. Anda, tírate al suelo, lámele los zapatos igual que un perro.

Mort Tobey se echó a reír.

—Esta es la escena que yo he deseado durante muchos días.

—¡Te digo la verdad, jefe! —dijo Clyde—. Dame una oportunidad… Sólo una.

—¿Para qué?

—Te demostraré que a partir de ahora podrás confiar en mí… Ella me envenenó la sangre… Fue Venus, jefe.

Venus comprimió los labios.

—¡Maldita serpiente!… Mort tiene razón. Sólo eres un reptil.

—Se acabó —dijo Tobey—. No te sirve de nada, Clyde, vas a morir como los demás.

—¡No, jefe!

—Cállate de una vez o te juro que será peor. Pide otra vez por tu vida y te degüello. Hubo un silencio, que fue roto por Don.

—Oiga, Tobey.

—¿Qué quieres, muchacho?

—Se trata de mí chica. Yo la metí a la fuerza en esto. No es justo que ella muera, déjela marchar.

—Es lo más gracioso que me han pedido este año —respondió Mort—. ¿Lo habéis oído, chicos? Quiere que deje libre a una periodista… Ya me estáis cansando con vuestras tonterías.

—No pierdas el tiempo, Don —dijo Nancy—. Es inútil.

Don sacudió la cabeza.

—Está bien, Tobey. ¿Me puede decir para mí propia tranquilidad quién mató a Bryce y a Tommy Keatte?

—Díselo tú, Bill —ordenó Mort.

Bill se observó el hombro herido y luego hizo una mueca.

—Maldita sea… Esto duele mucho, jefe.

—¿No te ha taponado Tedd la herida?

—Sí, pero lo ha hecho muy mal.

—Bueno, luego lo arreglaremos. Cuéntale la historia al chico.

Bill miró a Don.

—Tu socio murió por casualidad.

—¿Espera que me lo crea?

—Fue así, muchacho. ¿Crees que lo íbamos a matar sabiendo que él tenía las planchas? Yo di con Venus en Tarpon Springs y me di cuenta de que recibía con mucha frecuencia a tu socio. Telefoneé al jefe y él me dijo que debía asegurarme. No debía liquidar a Venus sin saber que ella tenía las planchas. ¿Te vas enterando?

—Sí, creo que lo he comprendido todo. Bryce murió accidentalmente. Pero a Tommy Keatte lo mataste tú, Bill.

—¿Sí? —murmuró Bill.

—Sorprendiste la conversación que Tommy Keatte y yo sostuvimos en mi apartamento. Apuesto a que tú estabas en la puerta de atrás. Tommy Keatte creyó que yo había matado a Bryce y me estaba chantajeando. La rubia ya había llegado a mí negocio y supusiste que su sola presencia indicaba que había entregado las planchas a Bryce. Entonces tú pensaste igual que Venus. Bryce me debía haber hecho depositario de su secreto. No podías consentir que Tommy Keatte echase a perder las cosas pegando el soplo a la policía. Si a mí me detenían por la muerte de Bryce se me podría ocurrir cantar de plano. Así fue todo, ¿eh, Bill?

—Sí, eso fue todo.

—Fuiste detrás de Tommy Keatte y lo aplastaste con el sedán en la acera.

Mort Tobey guardó otra vez las planchas.

—¿Estás ya satisfecho, muchacho?

Don sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Está bien, chicos —dijo Mort—. Vayan saliendo de uno en uno.

Nancy Dolí se levantó de la silla y se acercó a Don. Este conservaba la chaqueta al brazo y ella le pasó el suyo por debajo.

De pronto Don sintió el contacto de un objeto duro contra su muñeca y se estremeció al saber que era una pistola.

Bill abrió la puerta. Tedd, el otro hombre armado, estaba cerca de la chimenea.

Don dejó correr la chaqueta hacia abajo y Nancy siguió su movimiento acercándole la pistola a la mano.

La diestra de Don corrió al encuentro del arma y sus dedos se incrustaron en la culata.

Sabía que tendría que disparar sin previo aviso. Por ello, Nancy no se había atrevido. La persuasión no servía para nada con aquella

gentuza. Si dejaba ver el arma, Bill y Tedd no vacilarían en apretar el gatillo. Eran asesinos profesionales, tipos habituados a usar las armas.

Bill, el del sombrero de paja, le parecía el más peligroso. No se equivocó, porque el propio Bill debió ver por debajo de la chaqueta el brillo del arma y sus ojos se abrieron al tiempo que hacía girar la pistola para hacer fuego. Pero Don le cogió la delantera.

Sonó un estampido. Bill recibió el impacto en el pecho y fue lanzado con enorme violencia por el hueco de la puerta. Don se dio cuenta de que no llegaría a tiempo para liquidar a Tedd y propinó un empujón a Nancy alejándola de sí. Justo en ese momento, Tedd hizo fuego.

Don se estaba tirando al suelo y la bala aulló junto a uno de sus oídos, antes de sepultarse en la pared de madera.

Venus lanzó un chillido y se lanzó sobre Mort Tobey a quien derribó quitándole la bolsa de las manos.

Don hizo fuego por segunda vez.

Tedd lanzó una maldición y se vino abajo.

Venus estaba llegando a la puerta, pero la bolsa pesaba mucho y era un serio impedimento para adquirir velocidad.

—¡Espérame, Venus! —gritó Clyde y corrió tras ella.

Entonces, Mort Tobey empezó a disparar desde el suelo.

Venus y Clyde se detuvieron en su carrera y empezaron a estremecerse cada vez que las balas se clavaban en sus cuerpos.

Clyde fue el primero en caer.

La rubia dio dos pasos hacia delante, saliendo de la cabaña, y empezó a volver la cabeza hacia Tobey.

Sus ojos centellearon fieramente durante una décima de segundo, y luego los cerró al aparecer un rictus de dolor en sus labios y finalmente se desplomó.

Mort Tobey giró rápidamente el revólver hacia Don, pero este lo estaba apuntando y envió su tercer proyectil. En la frente de Tobey apareció un agujero.

Había empezado a ponerse en cuclillas y ahora abrió los ojos muy espantados y se derrumbó cara al techo quedando inmóvil.

La habitación se había llenado de humo y del olor acre de la pólvora.

Jeff Lamb emitió un suspiro y se dejó caer en la silla.

—¡Dios Santo! —exclamó.

El rostro de Nancy estaba blanco como la pared.

Don la miró fijamente, preguntando:

—¿De dónde sacaste el arma?

—Aproveché un descuido de Mort Tobey para acercarme a Leo, uno de los dos tipos que mató Clyde. Estaba junto a un pino y le pude quitar la pistola… Oh, me faltó valor para utilizarla yo misma.

—Lo comprendo.

En aquel instante, Joe entró como un huracán, seguido del teniente Keller y de tres agentes.

Joe se detuvo al descubrir a Nancy y a Don de pie.

—¡Infiernos! —exclamó—. ¡Menudo rato me habéis hecho pasar!

El teniente y los policías estaban asombrados, las armas en la mano, observando los cuerpos sin vida que yacían en el suelo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí; Joe? —preguntó Don.

—Nancy estuvo en el bar y poco después de salir ella, lo hicieron el tipo del sombrero de paja y otros dos. Salí a la puerta y vi cómo se la llevaban en el coche. Entonces los seguí. Cuando supe adónde iban, retrocedí y me llegué a una casa desde donde telefoneé a la policía.

El teniente Keller logró recuperar el habla al fin.

—¡Por todos los demonios! —gritó—. ¿Quién ha hecho todo esto?

Don dio un suspiro y dijo:

—Yo sé lo contaré, teniente, pero será mejor que empiece por el principio.

CAPÍTULO XIII

Los dos muchachos habían peleado y él ahora estaba dando explicaciones a ella.

Un tipo de corbata floreada estaba junto a la gramola, escuchando al trompeta Eddie Calvert, su interpretación de Más allá de Mombasa.

En el mostrador solo estaba Joe.

Entró una pelirroja con muchas curvas y se sentó en un taburete. Joe la vio llegar y se asomó por el hueco de la puerta. Don estaba tendido en un diván fumando un cigarrillo.

—Eh, patrón.

—¿Qué pasa?

—Acaba de llegar una cliente que vale la pena.

—¿Sí?

—Compruébelo usted mismo.

Don echó mano al almohadón que tenía bajo la cabeza y lo utilizó como proyectil lanzándolo contra Joe.

—Lárgate. No quiero ver ninguna chica que valga la pena.

Joe sonrió y salió fuera.

Don dio una chupada al cigarrillo y en ese instante oyó una voz a su espalda.

—¿A ninguna chica que valga la pena?

Se volvió hacia Nancy Dolí, que había entrado por la puerta de atrás. Se cubría con un suéter amarillo y una falda gris que la ceñía mucho.

Don no hizo ningún comentario.

La joven puso los brazos en jarras y dijo:

—He estado esperando tu llamada todo el día.

—¿Quedamos en algo?

—No, no quedamos en nada, pero pensé que después de lo ocurrido…

Don se puso en pie enfrentándose con la joven.

—Tú y yo seguimos caminos diferentes, nena.

—Explícame eso.

—Ya ves qué clase de negocio tengo yo, y tú eres una periodista. Sería muy mala combinación.

—Es lo mismo que he pensado yo —dijo ella sonriente.

Don arrugó el ceño.

—Lo celebro, porque así te habrás dado cuenta de que no existe ninguna solución.

—Existe, muchacho, y la adopté por mi cuenta.

—¿Qué es lo que has hecho?

—He dimitido.

—¿Has abandonado tu cargo en El Globo?

—Es lo que acabo de decir.

Don se frotó la nuca.

—Es una locura.

Ella se acercó a él y le pasó los brazos por el cuello.

—¿Dónde está la locura?

—Has seguido unos estudios. Cuando estabas en el periódico es porque te gustaba.

—Hay algo que ahora me gusta más.

—¿El qué?

—Nuestra combinación —dijo ella.

Los labios de ella se posaron sobre los de él, pero los brazos de Don continuaron inmóviles junto a sus costados.

Ella se separó y Don preguntó:

—¿Estás segura de lo que haces?

—Completamente segura, querido.

De pronto él la atrajo hacia sí apretándola contra su pecho y sus labios se volvieron a juntar.

—Oh, Don —dijo ella.

—¿Qué quieres, nena?

—Encuentro algo raro en el asunto. Dijiste al teniente Keller que Jeff Lamb había escondido las planchas para entregarlas a la policía. ¿Fue así?

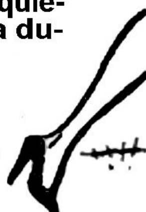
—Claro que sí, nena. Jeff Lamb ha sido siempre un pescador de esponjas. No podía ser en su vejez un falsificador.

—¿Sabes lo que te digo, Don?

—¿El qué?
—Que eres un tipo generoso y que estás perdiendo el tiempo.
Y entonces Don Benet decidió no perderlo y la volvió a besar.

FIN


THE
HAMO
BIDA
MU





4.000 años de piratería



¡Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas.

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS



PEQUEÑOS LIBROS DE GRAN CONTENIDO

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18, número 8-64 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 2.ª Avda. Sur, 520 Edificio Modelo. Apartamientos 204-205 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain